

# REVISTA NACIONAL

DE

## LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES

Año III—Tomo III

Montevideo, 10 de Noviembre de 1897

Número 59

### REDACCIÓN:

Daniel Martínez Vigil.  
Victor Pérez Pettit.  
Carlos Martines Vigil.  
José Enrique Rodó.

APARECE LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Su la Capital, por mes . . . . .	\$ 0.50
En campaña . . . . .	0.50
En el exterior . . . . .	0.70
Número suelto . . . . .	0.30

### CENTROS DE SUSCRIPCIÓN:

Librería Nacional, de Barreiro y Ramos.—Librería del Ateneo, de Sierra y Antuña.—"El Anticuario".—Joya Literaria, de Cuspiera, Teix y C.

### ADMINISTRACIÓN:

CALLÉ TREINTA Y TRES, N.º 219

**SUMARIO:**—EL LIBRO DE LAS QUERELLAS, por Eusebio de la Barra—MARGARETA TELARCA, por Leopoldo Díaz—SOPHA «LA VIDA NUEVA», por Sierra Vigil—LOS PROFETAS por Victor Arreguin—UNA NOVELA DE GALDÓS, por José Enrique Rodó—ELAS EN VAYRO, por Pedro A. González—ACTUARIAL, por Victor Pérez Pettit—MITOLOGÍA, por Germán García Hamilton—A SU PADRE, por Juan María Díaz—«LA VIDA NUEVA», por Mercedes Cabello de Carbonera—BAJO LAS ACACIAS, por Carlos Oribe—MARTÍN B. VIALTA, por Francisco Mostajo—DE MIS LEONIDAS, por Manuel Gálvez—HISTORIA, por Manuel A. San Juan—UN MATRIMONIO, por José L. Gombato—LA ABAR, por Emilio Berisso—EMBRAGO, por Jorge L. Sacarello—BARRAS, por Francisco Mostajo—SOBRE LEONIDAS—NOTAS BIBLIOGRÁFICAS—MEDICINA LEGAL.

## EL LIBRO DE LAS QUERELLAS

DEL REY D. ALFONSO EL SABIO

I

La Real Academia de la Historia, hace un siglo (en 1798), declaró que tenía por legítimo del Rey don Alfonso X el nombrado *Libro de las Querellas*, del cual sólo dos copias se conocen, y que se proponía poner toda diligencia de su parte hasta lograr descubrirlo.

Las dos copias conocidas, en versos de arte mayor, aparecen por primera vez a fines del siglo XV, escritas como prosa en un libro de Alvar Gutiérrez Torres. De allí las tomó Garibay (1525-1590) y, en forma de verso, trasladólas a su *Compendio Historial*.

Ortiz de Zuñiga, Mondéjar, el P. Sarmiento, Velásquez y otros críticos y eruditos, se preocuparon del Libro perdido, sin que nadie osara poner en duda la autenticidad de aquellas copias, hasta que Moratin las llamó apócrifas, sin apoyar en nada su opinión.

Amador de los Ríos sostiene su autenticidad con calor: «Ninguno—exclama—que no se hubiera visto en situación tan amarga (como el Rey Sabio) podría fingir el senti-

miento profundo que revelan estos versos, dándonos la medida de lo que debió ser el lastimoso libro de las *Querellas*».

La circunstancia de haber incluido don José de Pelliser aquellas dos copias en su *Memorial de la Casa de los Sarmientos*, ha dado pobre asidero á la crítica, suponiendo que esos versos se habían compuesto para empañar á los Sarmientos con los Reyes más ilustres de Castilla. Menéndez y Pelayo llega á sospechar que tal superchería sea obra del mismo Pelliser, tal vez porque olvida que esas copias existen por lo menos desde el siglo XV, cuando ni los abuelos del señor Pelliser habrían nacido.

Esto lo dice el erudito santanderino, acaso por sacar adelante su opinión que puede ser cierta, pero poco convincente, pues él la funda en deleznable argumentos, sin más valor que la simple afirmación de Moratin, ambas contrabalanceadas por la afirmación en contrario de Amador de los Ríos.

Dice el señor Menéndez que el resultado tiene por apócrifos estos versos de las *Querellas*. (1)

«Las *Querellas*—agrega—ni por su lengua, que es *fabla artificial*, que no se *fabla* nunca; ni por su forma métrica, que es la octava de versos de doce sílabas, no conocida hasta fines del siglo XIV; ni por el propósito visiblemente interesado de enaltecer como grande amigo y servidor del Rey Sabio á un Diego Pérez Sarmiento, poco conocido en la historia; puede dudarse que sea una de las innumerables falsificaciones de los genealogistas del siglo XVII, acogida por don José Pelliser,—si es que el mismo no fué el inventor de las copias,—en su *Memorial de la Casa de los Sarmientos*».

Declara al mismo tiempo que «el valor poético de estas copias es incontestable».

Si la *fabla* es artificial,—contestamos brevemente,—el ilustre crítico no lo prueba; no lo hace ver siquiera ni con un ligero ejemplo ilustrativo.

En cuanto á la forma métrica, el verso de arte-mayor era conocido desde antes que naciera D. Alfonso, y él mismo lo compuso en gallego, como consta: la copia-octava se emplea por otros en el primer tercio del siglo XIV, al menos 60 años antes que apareciera en el *Rimado de Palacio*, pues la he encontrado en los Cantares de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. Qué mucho entonces que 50 años antes la hubiera usado D. Alfonso, acaso su inventor, que bien pudo concebir esa estrofa quien fué dueño de la poesía, y tan magnas obras llevó á cabo en muestra de su ingenio.

No puede suponerse á Pelliser autor de esas copias con el fin de enaltecer á los Sar-

mientos, puesto que él no hizo más que trasladarlas del libro de Alvar Gutiérrez Torres de Toledo, que es del siglo XV. Y si tal superchería en Alvar Gutiérrez se supusiera, diríamos que para llevarla á cabo sólo necesitó alterar el primer verso, donde se invoca el nombre del caballero á quien las *Querellas* se dirigen. Pondría, por ejemplo: «A ti Diego Pérez Sarmiento leal», donde acaso decía:

Á ti Alonso Pérez Guzmán el leal,  
ó,  
Á ti Alonso Pérez Guzmán, leal.

Hay críticos que dan por apócrifo todo un libro y hasta una biblioteca, si en él descubren alguna ligera alteración, unas veces intencional, otras por accidente. Así se cree que con fines nobiliarios se ha falsificado por entero el inimitable *Cenitón Epistolar* del médico Cibdarreal, fiel espejo de una época compleja, cuando si tal fin ha existido, es lo natural suponer que la falsificación interesada se ingriese con el mayor disimulo en el cuerpo auténtico, para autorizarla y hacerla valdear. En tales casos se interpola un párrafo, se agrega ó cambia una línea, pero no se falsifica todo un libro de otra época, realizando un milagro literario.

Las razones del señor Menéndez se refutan por sí solas.

Sobre la autenticidad de estas copias, dice Amador de los Ríos:

«Conviene advertir que el tono general de la composición, sus formas artísticas, su estilo, su lenguaje, . . . todo nos lleva á recibir cual producción de aquel infuortunado príncipe este doloroso canto.»

«La invocación á Diego Pérez ha venido á darnos alguna idea del que fué el *Libro de las Querellas*, último testimonio intelectual de aquella noble y laboriosa existencia.»

II

No hay, pues, quien niegue, con razones aceptables, la autenticidad de las dos copias del *Libro de las Querellas*, bien que muchos convienen en que hay alteraciones, sobre todo en la segunda copia, y tales que oscurecen el sentido. Aun cuando parezca una profanación, nosotros, á fuer de viejos restauradores, introduciremos en esa segunda copia algunas variantes, conservando su ortografía, modificando la hoy, como la de las Partidas que se han ido poco á poco modernizando. Ambas servirán de encabezamiento á las otras copias sus hermanas, hasta aquí ignoradas, que acaso completan las *querellas* del dolorido monarca. Por cierto que el seque é ilustrado señor Menéndez no las tomara por apócrifas, ni atribuirá su lenguaje y versificación al siglo XV, ni supondrá móviles nobiliarios donde ni se barrun-

(1) Antología de los Poetas Castellanos, tomo III, p. X, nota.

tan, ni pondrá en duda la autenticidad, que es fácil de comprobar, y que se escuda, entre tanto, con las palabras de Amador de los Ríos: «Ninguno que no se hubiera visto en situación tan amarga, podría fingir el sentimiento profundo que revelan estos versos.» De lo único que hay que desconfiar es de nuestros retoques.

III

A ti digo Perros | Sermónito, leal  
Corno es amigo, | e firme vasallo,  
Lo que a míos omes | de cuta les callo  
Entiendo desir, | plañendo mi mal:  
A ti que quitaste | la tierra e cabal  
Por las mis fañendas | en Roma e aliende,  
Mi peñola vuela, | escuchala donde,  
Ca grita doliente | con fábula morál.

II

Estora yo solo | con grande mansiella,  
Aquel que los rayes | barabau al pío,  
Aquel imperante | que un tiempo fué  
Alia en Alomada, | e Mei en Castilla;  
Aquel que de hueste | mantuvo en Sevilla  
Dios mil de a cavallo | e tres dobles peones:  
El que por sus Tablas | en lueñas naciones  
Fé atacado atanto | que por su cochella.

III

Es tanta la cuya | que embarga su pecho,  
Tan amarga e fonda | como es la mar:  
E porque es caya | de un alto logar  
Veráse de hueste | como fuego en techos.  
Confrío me tiene, | me tiene mal trecho  
Lo que a míos fijos | me fagen sufrir,  
A mí que era amigo | de todos servir,  
A mí que mantuvo | mi regno á derecho.

IV

Sancho con ayuda | de condes desleales  
Fiso con las armas | tornarse mi hados:  
Con él, mestureros, | los altos peñados  
No metieron paces, | como cumple á taler.  
En me fazer fuerzo | todos son egales:  
Non fallo en mis tierras | valador ni amigo;  
E, rey sin corona, | no escantore un abigo,  
Que bienes que fizo | tornaronse males.

V

A aquel nuestro neta | rey de Portugal,  
Pedimolo ayuda: | el pedr fué vanol...  
Otro si provamos | al rey e cornano  
Que alza en Aragon | en seta cabdal:  
Al de Inglaterra, | un otro que tal,  
Al de España amiga... | todos mis parientes!  
Fui al Papa de Roma | con quejas dolientes...  
E se plañen todos | en mi grande mal.

VI

Ora el fallece | quien me ha de servir  
En la mia tierra, | e por dabo aliende,  
Que buaspe en el moro, | foroso es, por ende,  
Quita mis castiás quales | benido adolir.  
A míos enemigos | vos val á pelir,  
Quando los mis fijos | me mueven la guerra;  
Pasa que me fallecen | omes de mi tierra,  
A Benamario, | stángome de li.

VII

Estos, enemigos | en la ley lo son:  
Mas, no son por ende | en las voluntades:  
No a fe escatimarme | la su caridad  
El rey Ben-Jasene | de buen corazon.  
El es mi apañado, | en con grant razón.  
Quando lo veyo solo, | yo sé: pues vos ama,  
Vos le consueyo, | atento a su fama,  
Que me vala amigo | a tal ocasión.

VIII

Sobre mi corona | la mas averada  
E las ricas piedras | que en engaste oviera,  
Fagel que me empreste | lo que á bien torniere:  
Mostradme amicitias | naquasta vageada.  
Cadaiz vos quien sodes | et de qual linada,  
Que bien quem' aiades | non es a perdido...  
Vuestro bien facer | non osará en obliido,  
Yrá vnestra fama | volando loada.

IX

Asmo yo que toda | la buena privanza  
Que de Ben-Jasene | fasta mi vinlere,  
Será vnestra mano | la quem' la trozera,  
Amigo, en que finos | toda mia speranza.  
Ya quasta mi vida | a punir no alcanza  
Los tan malos males | que en mi fagieron:  
¡Dios los perdone!... | ¡Ojos que los vieren!  
Prezendo non vean | lanza contra lanza!

X

Con la sed rabiosa | del querer regnar  
Como al mio fijo, | tan fijos non fagan;  
Si malas cobdicias | sus pechos talagan  
La gentil Castiella | van ensangrentar,  
A vos Diego Perros | voy me confiar:  
En vida, cumplidme | como buen vasallo;  
Tránsido, decidme | lo que ora los callo...  
¡Por la paz del mundo, | voy á Dios rogar!

IV

Para terminar lo relativo á estas sentidas quejas de un padre dolorido, de un gran rey, amargado, de uno de los sabios más notables del mundo, recordaremos que hay aún otro fragmento del libro de las *Querellas*, que unos tienen por auténtico y otros por apócrifo, sin que nadie pruebe su aserto, acaso por temor de comprometerse demasiado.

Este otro fragmento de piés octonarios, como dice D. Amador, es un simple romance octosilabo, en que los versos van escritos á pares, sin que por eso cada pareja constituya un solo organismo métrico. Comienza así:

Yo sall de la mi tierra | para yr á Dios servir  
Et perdi lo que avie, | desde mayo fasta abril  
Todo el regno de Castilla | fasta allá á Guadalquivir.

Consta este trozo de 19 versos iguales á los anteriores, con rimas de 4 en 4 como las coplas alejandrinas que Berceo imitó de los franceses, diciendo que las fizo por la *quaderna vit*.

Tenemos la evidencia de que estos versos son apócrifos; pero, por ahora, reservámos nuestras pruebas.

Sólo diremos que Alonso de Píentes, poeta sevillano y anticuario del siglo XV, insertó estos versos bien hechos, pero mal encubiertos, en la dedicatoria de sus *Quarenta Cantos*, de donde los copió Garibay.

Su forma métrica es un capricho sin precedentes. El octosilabo simple ó doblado, como á cada paso se encuentra en la *Crónica Rimada*, siempre usó la rima asonante, y jamás se le acopló en tetarrimos consonantes, como están estos versos, obra acaso del siglo XV.

Fácil me es señalar de dónde se sacaron, sin lugar á duda, lo que aun no han visto los grandes maestros españoles, ni Amador de los Ríos que sostiene su autenticidad, ni Menéndez que la niega sin dar razones; pero,

motivos tengo para callarlo por ahora; y luego, que no todo se ha de soltar á un mismo tiempo!

Dejamos abierta la discusión de Mundo á-Mundo, seguros de que avanzará el conocimiento de las letras castellanas si los críticos peninsulares se ponen á la obra y si los ingenios americanos los ayudan y estimulan, aun cuando sólo sea con la contradicción y la duda, discreta y sabiamente manejadas.

EDUARDO DE LA BARRA,  
de la Real Academia Española.

Santiago.

Mano pequeña y blanca...

Mano pequeña y blanca, mano de terciopelo,  
Mano pequeña y leve, como el albo pafuelo,  
Que impregna de un extraño perfume tentador;  
Mano pequeña y blanca, como el blanco espallo  
De lirio no entrecabrido—que cínclalo el orgullo  
Para que, lentamente, me ahogara de dolor...

Mano pequeña y blanca, mano indolente y fina,  
Que luce una labrada turquesa peregrina.—  
La joya predilecta del hadis Pompaton;—  
Mano que con el roce de su caricia inquieta  
Evoca un vago aroma distante de violeta  
Y el vuelo de dos cisnes sobre un lago de azul...

Mano pequeña y blanca, con palidez de cirio,  
Que gusta de los hondos temblores del martirio:  
Tus uñas concavadas clava en mi corazón;  
¡Como un arbusto fragil, como un arbusto en flores,  
Arreaca de mi vida los últimos amores,  
Las últimas razones de mi última ilusión!

LEOPOLDO DÍAZ.

Ginebra.

Sobre «La Vida Nueva»

Uno de los más notables y meritorios hispanistas franceses, Mr. Pierre Ville, catedrático de literatura en la Universidad de Nevers y autor de un magistral estudio sobre la poesía de Camponator que es considerado como uno de los más serios y concienzudos trabajos consagrados por la crítica francesa á la poesía española contemporánea,—ha dirigido á nuestro compañero de redacción José Enrique Rodó una carta relativa á su opúsculo *La Vida Nueva*, de la que tomamos los párrafos siguientes:

Je voudrais bien être en effet un profond connaisseur de la langue castillane. Je ne suis qu'un volontaire ou qu'un amateur dans la brigade trop peu nombreuse des hispanisants français.

J'ai emporté á la promenade—ici nous profitons des derniers beaux jours—votre «Vida Nueva». J'ai voulu vous lire en pleine campagne, et vous m'avez fait passer des instants délicieux.

J'aime infiniment en vous cette rare union des qualités les plus opposées: la force de pensées de l'âge mûr et l'enthousiasme de l'adolescence. Vous raisonnez en philosophe, vous écrivez en poète. Votre talent

à la fois robuste et brillant me fait penser á ces vers de Vigny sur les Pyrénées.

Vous prodiguez les images neuves et éblouissantes, sans qu'il en coûte rien et á la profondeur de votre enseignement esthétique. Vous êtes á la fois un orfèvre exquis et un architecte qui bâtit pour les siècles. Ce n'est pas le cas de dire:—*Firmus sanpáries et duraturus sed non satis espletus ac splendens*.

Vous avez mieux compris qu'on ne l'avait fait jusque'ici comment chaque doctrine nouvelle dans l'art, au lieu d'effacer la doctrine de la veille, la complete et l'élargit. Votre comparaison des cercles concentriques me plait par son exactitude. Jamais on n'avait si bien fait comprendre que, même en esthétique, la richesse de l'humanité va s'accroissant: «*Son círculo concéntrico cada uno de los cuales amplía el espacio del círculo anterior sin fijarse en plano distinto*». Et ce qui suit, combien c'est vrai et précis! Comme vous avez bien vu ce qui est resté de l'art Classique et de la Insurrection Romantique et ce qui doit rester du Naturalisme! Car, sans être un pélerin de Médan, vous n'êtes pas de ces timides ou de ces naïfs qui confondraient volontiers avec les malfaiseurs les amis de Zola et de Mme Pardo Bazán. Dans cet ordre d'idées certains discours d'Alarcón á l'Académie Espagnole est vraiment bien amusant.

Continuez, monsieur, de faire penser les lecteurs tous en leur faisant goûter d'aussi vives jouissances d'art. Vous mériteriez mieux que des félicitations, permettez-moi de vous adresser des remerciements.

Je suis, Monsieur, avec la plus vive admiration pour votre beautiful, Votre tout dévoué serviteur.

PIERRE VILLE.

Montluçon, (Allier) 14 Octobre 1897.

LOS PROFETAS

A José Enrique Rodó.

La vida del fuerte Isafas nada tiene de común con el resto de los hombres. Tampoco su pueblo ofrece mucho de común con la humanidad, ni aun en nuestros días. Su idioma es vibrante y rápido, su visión profética, su convicción religiosa profundamente arraigada, como la raíz de sus cedros del Libano.

¿Quién que no sea Job, ó Isafas, ó Daniel, ó algún santo profeta antiguo penetrará el sentido más oculto y hondo de las cosas? Y este pueblo que se agita despedazado, cruel, belicoso, sacerdotal y creyente; que vive encajonado en una faja sedienta de las tierras del mundo, y asimismo disputada por los de Filisteá y los de Edom y los de Moab; rodeado, cercado de enemigos; que tiene horizontes al sur recostados de palmeras, que lucha siempre y siempre se multiplica; que cuenta más de un millón de gue-

rreros en tiempos de David, (!) y vive sólo para la guerra; que se multiplica por la poligamia y se enorgullece de sus harenas y de sus eunuocos; este pueblo que mira frente á frente á su Dios, y lo reconoce como á rey terrestre y general de sus ejércitos, saca su poder de su fe. Cuando es llevado en masa por los fuertes al dolor de la tierra extraña, sus elegidos salen ileso de los hornos enrojados y de las cuevas de los leones. El secreto de su fuerza es su fe.

Cuna de poetas, de legisladores, de redentores, de varones de dolor y de ensueño, este pueblo judío es el único entre los pueblos de la tierra que habla á su Dios para todo. Convertido en nube de fuego, va su Dios delante de él, y cuando se avvicina á la tierra prometida, su Dios le da las tablas del deber humano.

Al principio, el Arca sagrada vaga con los campamentos. Dios está entre aquel pueblo. Fija Jósué su poder destruyendo á la muelle y dura Jericó, cuyos campos crían las rosas y mieles, y ya puede pensar en los encantos de la paz. Cantan sus poetas la victoria, y tal pueblo llamado á conquistar al mundo por la idea, y ser después el desheredado, como todo el que conquista, antes de secarse la sangre derramada, ya se compromete en otra guerra. Es un mal vecino. De las 22 naciones cercanas, no hay una que de él no tenga de quejarse.

Temenle los débiles y odianle los fuertes. Todo lo hace invocando á su Dios. Por él sufre cautividad con enérgica fibra; ora con el fervor de una imaginación rica y poderosa, y ajusta sus actos al precepto. Sus sacrificios son numerosos.

La sombra de su Dios está en todas partes: en el desierto y en la desgracia sobre todo. Y cuando cae de lo alto al culto de las falsas divinidades circunvecinas, en la abominación y la apostasía, con cada que son derrumbamientos á cristasignominiosas, á los lagos profundos del pecado, su Dios le vuelve á sus caminos por medio de terribles amoniciones. Entonces truena la voz de sus inspirados. Látigos de fuego parecen sus palabras, agitando sobre las espaldas leprosas. Es Isafas, es Daniel, es Ezequiel, son sus santos profetas, los que superan á la tempestad e. clamorosos llamamientos, los que gritan desde la montaña coronada.

de relampagos y dicen el porvenir, por boca de Dios, no de tripodes, no de visceras de corderos, no del vuelo del ave. Voz de Jehová; visión de Daniel; visión de Isafas... Visiones y visiones. Ejércitos que pasan; banderas que pasan; ríos de sangre; oscuridades rojas de nocturnos incendios; multitudes que siega la espada como un campo de trigo, por la voluntad del Señor, no del Destino, ni de ninguna otra fatalidad sin sentido. Desde que Jehová entró en su tienda, ó algún vidente escuchó su palabra en los rugidos de la tormenta, su salvación es cierta. Dios es su caudillo. Espera verle surgir de carne y hueso, de alguna de sus tribus. De entonces será su Salvador

visible, su rey coronado. Pero «el pueblo» conoció á su amo y el hombre no reconocerá á su Dios.»

Aunque es cierto que había falgos, profetas, que soñaban en número hasta de 300, á las consultas reales, verdaderas turbas, para el ser profeta era un arte que se aprendía en escuelas á propósito y llegaba á ser una profesión,—evidente es que también los había verdaderos, y aun sin ser uno de esos viajeros ciegos de la Biblia, que uno en que sabrán más de lo que era dado saber á los hombres los que decían palabras de Dios. Salomón que escribió 1005 cantares y parábolas 3000, ¿sabía acaso que la tierra era redonda y tenía polos? Sin embargo, leed el diálogo del gran rey con la Sabiduría.

La resaca de la marea del siglo XVIII, siglo ateo entre todos, flota todavía en nuestro siglo. Pero sin admitir ni negar la revelación, ¿no hay algo de superior al pensar humano en la Biblia? Muchas de sus bellezas y muchas de sus ideas, volverán á la circulación de los tiempos, no como esas monedas antiguas que guarda el numismático, sino como oxígeno del ambiente espiritual, mientras no sea explicado el misterio que nos envuelve. Muchos viajeros ciegos de la Biblia, verán la transparencia de sus símbolos; y como rudos obreros descujan el marmol de Faros y un Praxíteles lo estatuiza, así las generaciones indagaran y un hombre de genio apartará lo revelado de lo apócrifo, si en la altura hay un Dios impenetrable á nuestra mirada. ¿Acaso conocemos á Dios? Siempre inexcrutable á la investigación, oscuro como el abismo, eterno como la muerte, ¿qué sabemos ni qué alcanzamos de su altura, cuando nuestros ojos fueron hechos para horizontes limitados?

Desde luego, siendo infinitamente bueno, no debe atribuírsele un rigor que lo igualaría á los tiranos de la tierra. La concepción del infierno, no parece ser otra cosa que un símbolo. Y hasta parece natural que el dicho de Jesús: «muchos serán los llamados y pocos los escogidos», y la «segunda muerte» de San Juan, no deban tomarse con la facilidad de una idea vulgar. ¿Quién podría negar que la segunda muerte y la poquedad de los escogidos, no sean otra cosa que la negación de la inmortalidad individual á quienes no la merecieron? Ese volverá á ser materia; ¡por qué no? Y su alma inconsciente se confundirá á la grande alma colectiva. Quizá resene algo de la metempsicosis en las misteriosas palabras. Los llamados son todos; porque ¡cuál de los hombres no podrá mediante el uso de su voluntad levantar su alma de la tierra! El hombre no sabe de las cosas del cielo, ni de los misterios de este Universo. El así ó el «no» está dicho en estos siglos. Tal vez no se le encuentre en el mañana, sino en el ayer. Generaciones y generaciones pisan legamos y tierra en que otros hombres y otras generaciones hanse convertido. El paso de lo inorgánico al orgánico forma el fenómeno que llamamos la vida. Y la fuerza que preside ese paso, ¿cuál es? Y más alto el pensar ¡cuál la que enciende la es-

(!) El censo levantado por el feroz general Yoab, en 8 meses y 20 días, arrojó 1.300.000 combatientes; 960.000 de Israel y 300.000 de Judá.

# Una novela de Galdós

A Eduardo Torroja.

La más excelsa de las facultades del artista es la que, haciéndole solo partícipe entre los hombres, de un sublime atributo de la Divinidad, le convierte en generador de seres vivos, — sobre los que no tiene poder la codiciosa mano de la Naturaleza y que no han de ser guiados por otra ley que la que en el instante de la concepción les fija e impone el creador impulso de su albedrío. Arrebatado el fuego sagrado que enciende la llamarada de la Vida será siempre la insaciable aspiración, — la martirizadora inquietud del Arte grande, — titán rebelde para quien la Naturaleza, dueña de la Vida, desempeña el papel del tirano Júpiter del mito. — Si se concede que las almas de artista componen, dentro de la humanidad, una aristocracia — un patriciado de las almas, — la aristocracia mejor, la superioridad gerárquica entre esas almas, fuerza es reconocerla a las que crean, a aquellas a quienes ha sido concedido el don genial de la invención. — Hay las que alcanzan a crear un héroe inmortal, ó una acción imperecederable en la que intervienen varios héroes, dotados todos ellos de eterna vida — y hay, por encima de esas, las que vivifican series enteras de ficciones, — «multitudes de almas», — las que realizan con su inmensa obra «un mundo dentro del mundo», — aquellas que perderían inspiradas por una sublime envidia de la Naturaleza y su infinita capacidad creadora. — Comunicar una individualidad y un sér inextinguible a un alma distinta de la nuestra, en la que no reproducamos, al idealista, ni nuestro carácter ni nuestras pasiones, y cuya vida ficticia haya de ser tan palpitable y tan intensa como la de las criaturas de la realidad, — y aun volver el alma propia en la envoltura de un héroe imaginado que la perpétue y la levante sobre la miserable fragilidad de nuestra arcilla, como se perpetúa el alma satánica de Byron en sus Corsarios y sus Laras, — es ya ser un creador. — Pero llamarle Shakespeare, Molière, Walter Scott, Dickens, Balzac, y dar sér y movimiento, con soberano empuje, a una multitud entera, — en la que, como en maravilloso comprendio ó *substratum* del conjunto humano, aparezcan con todas las palpitaciones de la vida, las faces luminosas de la existencia y sus sombras, la virtud y el vicio, el odio y el amor, las pasiones buenas y las malas, es para mí tan alto y portentoso triunfo que el orgullo humano no puede aspirar a una más completa y fascinadora realidad de la tentación del Paraíso: *Serís como dioses*, porque en nuestra condición no cabe mejor ni más cumplida manera de crear.

Dos clasificadores laboriosos, — Mrs. Cristophe y Cereberr — penetraron, no ha mucho tiempo, en el seno de la obra inmensa del creador, del Padre *Gotrot* y la *Fisiología del matrimonio*, y presentaron luego a los dos mil personajes que tejen la trama de aquella inmortal epopeya de la realidad, cuidadosamente ordenados, estudiados y descriptos, como en los diccionarios biográ-

ficos de hombres célebres, en un voluminoso *Repertorio de «La Comedia humana»*. — Algo semejante se hará en el futuro ordenando la multitud varia y enorme de *Les Rougons Macquart*; algo semejante se ha hecho ya acaso con Dickens; y análoga tarea de clasificación y de estudio realizará algún día la erudición española con ese otro mundo formidable e inmenso de Galdós, que abarca, desde la pintoresca muchedumbre de los *Episodios*, hasta el revuelto mar de la vida contemporánea, palpitante en la cavidad de cien novelas....

Mundo verdaderamente inmenso y formidable! Respecto de Galdós, y limitando esta observación a los contemporáneos nuestros, yo sólo me atrevería a señalar en Zola y en Tolstói (invertido, si os place, el orden en que he escrito esos dos nombres, y acaso haréis justicia) ejemplos de una superioridad de fuerza creadora. — Y, avanzando más, yo no me comprometería a encontrar en la novela contemporánea, nombre que, fuera de esos dos, merezca estar más alto. — Es cierto que esta superioridad puede ser triunfalmente contestada, por ejemplo, por los adoradores de Daudet (ídolo mío, aunque no para las ocasiones de las plegarias literarias, en la finenza, en el hábil arte de contar, — en todas esas condiciones que, dentro de la novela española, podríamos llamar *alcarionianas*, consagrando de nuevo un calificativo, con su significación distinta y peculiar en la tradición del viejo teatro; pero para mí es indudable que el arte de Galdós respira en un ambiente mucho más amplio y más abierto que el del autor de *Nina Rowenstein*; en un ambiente donde se escucha más cercano aquel soplo de augusta y bienhechora libertad que azota las ásperas cumbres de Cervantes y Shakespeare. — Es cierto que en su filosofía de moralista y de sociólogo echará acaso de menos el lector devoto de Tolstói, la originalidad profunda, la innovadora audacia, el sello personal, la profética intuición de lo distante; — pero hay en ella un hermoso sentimiento de amor, un grande instinto de justicia, y hay un criterio constantemente límpido, — un criterio equidante y sereno, — en el que el *buen sentido* deja de ser vulgar y se convierte en fuente de sana y apacible hermosura. — Es cierto que sería vano buscar, en los procedimientos de su estilo, la cultura preciosa, el estudio hondo y sutil de los secretos musicales de la expresión, de la plasticidad virtual de la palabra, ó aquel trabajo de perfección y exactitud que conduce, por ejemplo, a la prosa tersa y transparente de *Anna Bovary* ó de *Peppita Jiménes*; pero sería difícil hallar, entre los contemporáneos, quien tuviese más identificado con la esencia de su naturaleza literaria, ese grande arte de la «naturalidad exterior», no concedido a muchos de los más jurados naturalistas; el arte de la grande, humana y conmovedora sencillez, que habla a todos embelecando el lenguaje de todos, y que llega a inspirar, aun a los refinados y los exquisitos, el envidioso sentimiento de Diógenes, al arrojarse de sí la copa hermosamente trabajada, viendo al pastor beber el agua en el hueco de su mano.

Y en la grandeza cuantitativa, y en el in-

menso efecto de conjunto, de la obra de Galdós, sólo el maestro de Médán puede reclamarle el primado entre los contemporáneos. — La inagotable imaginación del gran novelista incorpora con incesante actividad a la multitud, ya inmensa y gloriosa, de sus criaturas, personajes nuevos que la acrecientan y enriquecen. — La fecundidad, que es la más relativa de las cualidades literarias, equivale a la posesión de un don altísimo cuando escribir significa crear. — Mediana condición en el viejo Dumas, es maravilla en Balzac y en Dickens. — La fecundidad de Galdós es de la alta calidad de la de estos últimos; es de las asombrosas y las grandes, porque es de las que responden a esa irresistible necesidad de producción que se manifiesta con el poderoso impulso de un organismo que desempeña la ley de su naturaleza.

Plantea uno de los personajes de *L'Immortel* de Daudet, esta cuestión interesante: — Si acaso Robinson hubiera sido artista, poeta, escritor, — hubiera creado en la soledad, hubiera producido? — Y al doblar de la página, otro de los personajes de la novela, — el artista Vedrine, — resuelve la cuestión contestando a quien le pregunta porque trabaja si no ama el aplauso ni la gloria. — «Pues por mí, dice el noble escultor, por mi gusto personal, por la necesidad de crear, de espontanearme». — He ahí la brava respuesta de un artista de raza. — Imaginado el autor de los *Episodios* en la isla desierta, y su vena asombrosa podría agotarse por la imposibilidad de la observación social, sugestión eterna de su arte, — pero no sería por falta de estímulos creadores. — Alarcón personificó en el caso triste de su vida, y personificó Tamayo en las contemporáneas letras de España, ese raro dominio de la voluntad sobre la energía instintiva de la vocación, que es necesario para que se resigne ó se condene a la inactividad y al silencio el artista que todavía sería capaz de producir. — Perdamos el temor de que Galdós, aun cuando un día la decepción llegue a su espíritu, encuentre en su voluntad la misma fuerza. — Ah, no! El grande y querido maestro no se llevará consigo a la tumba, — como se jactaba de hacerlo en su retraimiento soberbio y melancólico el autor de *El sombrero de tres picos*, — personas imaginadas que no se hayan hecho carne en el papel. — Galdós necesitará siempre de nosotros, los lectores, para las confidencias de su fantasía.

Aun duraba en nosotros la vibración de la lectura de *Nazarín* y de *Itania*. Y he aquí que un grupo nuevo y pintoresco, lleno de vida, de color y de luz, cruza ahora ante los ojos de la crítica, en marcha desde la imaginación del gran creador a refundirse en el conjunto de su muchedumbre imaginada. Observémosle.

Señala un crítico sagaz, a propósito también de *Misericordia*, y entre las similitudes que enzan en el genio del profundo observador de *Gloria* y *Doña Perfecta* con *e*, de *Le Cousin Pons* y *La Fiel de Zapa*, — el interés concedido por ambos grandes artistas de la realidad al problema de las dificultades materiales de la vida, como anchuroso campo

de observación y rica materia *novelable*, siempre fecunda en dramática virtualidad. — Muchas son, efectivamente, las novelas de Galdós que giran al rededor del problema económico en la vida burguesa. — *Misericordia* puede incorporarse a las más originales y más hermosas novelas de este grupo; pero, además, están comprendidos en el campo de observación en que se desarrolla, ciertas extremas regiones de la inferioridad social, — ciertos círculos del infierno de la humillación y el abandono, — a que había descendido pocas veces el espíritu del autor de *La Desheredada*.

Considerado con el criterio realista, es el poema prosaico de la escasez y la miseria; de la miseria, en sus manifestaciones moral y materialmente más despidadas y más duras; desde la osada y franca que se persifurca en *Almudena*, en *Pulido*, en *La Burlada*, — en la turba familiar (que accecha, a la puerta de los templos, el paso de la caridad), — hasta la tímida y vergonzante que se oculta en el desolado retiro de doña Francisca Juárez de Zapata, — la empobrecida señora que vive inconcientemente de la caridad que implora para ella a los feligreses de San Sebastian una criada compasiva, — ó se parapeta tras la elegancia marchita y la mal simulada distinción de don Francisco Ponte, curiosísimo ejemplar del *lyon* caduco, tragi-cómico traicionado de la fortuna, galán venido a menos, que disfraza los rigores de su decadencia lastimosa salvando con esfuerzo heroico las apariencias de su dignidad pasada y recordando melancólicamente sus aventuras de mundano y sus buenos éxitos de declamador en las románticas tertulias de los tiempos de *Flor de un día*.

Pero además de llevar en sus entrañas la prosa verdadera de la pobreza miserable, lleva también la nueva novela de Galdós la balsámica poesía de la misericordia. — Encarna esta poesía en la figura, a veces vulgar, a veces sublime, de una anciana humilde y piadosa, que con la abnegación del oscuro y anónimo soldado para quien no se cosechan, después de la lucha, los laureles, es heroína y mártir en la batalla de la vida. — Yo no vacilo en poner esta grande alma imaginada, en el número de las más preciosas creaciones de quien ha dado al arte tantas otras que no morirán. — Si la *Nina* de Galdós es una figura que yo incorporaría, sin vacilaciones, a las más originales, a las más nuevas, a las más llenas de interés y más radiantes de hermosura, que sea dado encontrar en el *santoral* realista; ... porque también tiene el realismo su santoral: el de los héroes moralmente hermosos que han sido amasados con el barro de la verdad y la vulgaridad humanas. Como en la *Felicité* de Flaubert, la vulgaridad tiene en ella el artístico precio que da valor a la tosquedad del material en que ha de trabajarse, cuando esa tosquedad es necesaria ó conveniente al efecto que se procura. — La ignorancia de la propia sublime abnegación, — la naturalidad en la practica del sacrificio, como en la de cualquier acto trivial y usual de la vida, — la conformidad, de mártir ó de inconciente, para admitir la ingratitude y resignarse a la injusticia de la pena, — son otros

tantos elementos que, empujando intelectualmente la figura de Nina, la realza, por lo mismo, y la engrandecen moralmente, hasta tocar en los límites de la sublimidad.

Nunca de manera más oportuna que a propósito de esta figura de Galdós podría señalarse como Menéndez Pelayo en el *Pae Apolinar* que imaginó el gran novelador de la Montaña, — «cuello sello de primitiva grandeza que realiza a la fuerza del bien cuando se desenvuelve sin conciencia de sí propia». — Y la absoluta y constante sencillez, la nunca interrumpida llaneza del cauce prosaico en que esta mansa onda de belleza moral se desenvuelve, hacen que ella penetre y se insinue de tan suave y tan callada manera en el ánimo del lector, que no es sino después de haber avanzado un tanto la acción de la novela, cuando él nota que ha debido adorar, desde las primeras páginas, la adorable santidad del alma de Nina. — ¡Arte grande y hermoso, — aun para los que nos encontraríamos, haciendo examen de conciencia, un poco amigos de lo refinado y de lo extraño, — el que consiste en obtener y realizar, sin salirse de los sencillos sencillos que ofrecen los aspectos comunes de las cosas, las grandes energías dramáticas y los grandes efectos! — No ha definido Galdós uno de los caracteres y uno de los secretos peculiares de su talento poderoso, cuando habla, a propósito de la singular fachada del templo aquel en que comienza la acción de su novela, — de la necesidad de encontrar y percibir «el encanto y la simpatía que fluyen, a modo de tenue fragancia, de las cosas vulgares ó de algunas de las infinitas cosas vulgares que hay en el mundo?»

Después de Nina, la figura dominante del cuadro es, sin duda, la del moro ciego y mendicante, para quien ella, en medio de las angustias con que atiende al socorro de su propia ama desvalida, encuentra todavía tesoros de amor, tesoros de caridad, en su infinita espontaneidad piadosa. — Bien trazado está este personaje, aparentemente fácil de presentar y virtualmente rico en fuerza y en interés, pero, en realidad, difícil y de delicado empeño, si se atiende a la obra magistral que ha sido necesaria para conciliar, en su sencillo carácter, con la exactitud del estudio la belleza moral y la simpatía, y en su propio informe lenguaje la naturalidad y la verdad con el efecto artístico que no falta nunca en la pintoresca incorrección de sus palabras. — El nuevo libro llega así a valer tanto, en las páginas que Nina y Almudena ocupan, como la obra de su grande estirpe novelesca a que más firmemente se parece: tanto como *Nazarín*. — Y la pasión del ciego por la anciana misericordiosa, — de la que sólo puede adorar el alma abnegada, a la que acaso imagina dueña de una envoltura digna de ella por la juventud y la hermosura, — hace pensar en un alma que fluye la profunda belleza al de *Nazarín*. — Como Pablo Paredes, el moro de *Misericordia* cree instintivamente en armonía necesaria de la belleza del alma y la del cuerpo. Y, ciego por la realidad corpórea, la sombra eterna de sus ojos se convierte para él, como para el enamorado de

VICIOS ARREGUIÑE.  
 (1) *Historia del pueblo de Israel*. — T. III. — P. 8.



Violeta sonreía picarescamente. Fud hasta la mesa y sirvió las dos tazas. Luego, murmuró con su vocetita llena de notas graves y serenas: —Es que a mí me interesa ese muchacho...

— Ahí ¿te interesa? — Un poco. — Pues, si quieres, puedo darte algunos detalles. — Eso es lo que yo quería. Hay en él algo extraño que atrae. ¿Qué quieres? Yo siempre he sido así...

— Me parece que Aubrilly te está gustando... — Puede ser... es la primera vez que lo veo; pero su gesto, su mirar, su voz, ese aire dominante, casi despótico, no me disgusta...

— ¡Guay de los amos! — murmuró Lisa. — ¿Te burlas, eh? — No, hija... Pero este té está horriblemente caliente!...

— Trae, trae la taza. Y teniendo que su amiga fuera ¿darla contra el suelo, Violeta se la quitó, de las manos, depositándola sobre la mesita de laca. Hecho lo cual, agregó:

— Con qué, ¿me das algunos datos? — Bueno, oye: yo no sé si tú sabes que Alfredo Aubrilly está casado con una preciosa mucherita, Jacoba, Vienna, a quien casi dobla la edad. Según él mismo declaró, está es el más grande error que ha cometido en toda su vida...

— Ya sé el final — interrumpió Violeta, retirando con fastidio su taza de té. — Sorprendió a los culpables, les dió muerte y se quedó tan fresco... Una sonrisa imperceptible se enhebró entre los finísimos labios de Lisa, diciendo á la linda amiguita que habla errado de medio á medio.

— ¿Cómo, no los mató? — No; — contestó gravemente Lisa. — Alfredo, querida mía, es el tipo del verdadero amante, y no comete ningún acto que importe una falta de chic. He ahí, por qué él mismo dice que su más grande error es el haberse casado. Un hombre como él es amante de las mujeres, pero no marido.

— ¿Entiendes? — Ya, ya. Algo de eso he leído en un libro de Bouquet que dejó olvidado días atrás en mi salón ese pajarito de Roberto. Continúa, pues. — Aubrilly indagó cuál era el estado peculiar de los amantes, y convencido de la

revela toda reyerta inútil y dábale la razón, aunque no la tuviese jamás.

Lisa, al llegar aquí, cogió su taza de té, bebió en ella á pequeños sorbitos, y continuó después, los ojos un tanto entrecegados:

— El caso era que la señora Jacoba Vienna había concluido por convencerse de que no quería á su esposo. Ella había soñado, como el ideal de toda su vida romántica, con un hombre poético, extraño, sobrenatural. Pero ahora le resultaba que su marido, en la vida diaria era un hombre vulgar, sencillo y de la misma pasta de los demás hombres.

Aquello volcó todos sus ensueños de mujer, y poco á poco, cuando se convenció á sí misma de que era una pobre mártir, una niña secuestrada al amor y al placer por aquel ogro horrible, concluyó por aborrecerle.

Entonces fué que reparó en el amigo de Aubrilly, en Marshy, y extrañose sobremedura que, viéndole todos los días, no hubiera caído antes en la cuenta de que aquel joven rubio, delgado, de grandes ojos azules, un tanto pensativo, con un dejo de amargura entre sus labios finos y nerviosos, fuera la completa realización de todos sus ideales.

Excuso narrarte, — prosiguió Lisa, — retirado con la punta de su diminuta botita un taburete dorado — cómo empezaron los amores de Jacoba y Marshy. Tan sólo te diré que tan poco se cuidó la esposa de engañar al esposo, cuanto Marshy á su amigo.

— Cosa fuerte debe ser el amor para que haga olvidar... Pero este maldito mueble no quiere dejármelo tranquila! — exclamó interrumpiéndose la narradora; y con un movimiento rápido hizo rodar el artístico taburete de terciopelo azul, labrado con sedas de colores. Después, un tanto temblorosos los labios por el enojo, prosiguió:

— El caso es que un buen día el pobre Alfredo, al volver de una de sus cacerías, encontré con que su Jacoba tan querida había huido del hogar conyugal. Averiguó con gran calma el paradero de la fugitiva, y supo, también, que su amante era Gaston de Marshy.

— Ya sé el final — interrumpió Violeta, retirando con fastidio su taza de té. — Sorprendió á los culpables, les dió muerte y se quedó tan fresco...

Una sonrisa imperceptible se enhebró entre los finísimos labios de Lisa, diciendo á la linda amiguita que habla errado de medio á medio.

— ¿Cómo, no los mató? — No; — contestó gravemente Lisa. — Alfredo, querida mía, es el tipo del verdadero amante, y no comete ningún acto que importe una falta de chic. He ahí, por qué él mismo dice que su más grande error es el haberse casado. Un hombre como él es amante de las mujeres, pero no marido.

— ¿Entiendes? — Ya, ya. Algo de eso he leído en un libro de Bouquet que dejó olvidado días atrás en mi salón ese pajarito de Roberto. Continúa, pues. — Aubrilly indagó cuál era el estado peculiar de los amantes, y convencido de la

estreches y miseria en que vivían... ¿Qué dices tú que hizo? — ¡Qué sé yo!

— Pues oye. Por lo pronto, se soltó á él mismo este raciocinio: Jacoba es una pobre niña romántica, de quien podría ser yo el padre. En su hermosa cabecita no caben más ideas que las que puede tener un gozón. Yo la he arrancado sus sueños de niña para traerla á este hogar frío, sin poesía ni encantos celestiales. Yo he hecho de ella mi mujer cuando ella aun no comprendía que, al darme su mano, me hacía su marido. Yo he sido, pues, su primer seductor; yo he sido el primero en perder su alma!

— Dejó á un lado el bueno de Alfredo este raciocinio, para seguir muy luego este otro: Jacoba tiene un derecho natural á ser feliz; yo he coartado ese derecho. Ella ha comprendido que no me amaba, que yo le era odioso, como comprendió al mismo tiempo que Marshy era su ideal, todo su amor. Á él se ha entregado: él es su verdadero esposo.

— Una luego los dos razonamientos, y concluyó: Luego, yo he robado á Jacoba su ideal y su ventura durante dos años consecutivos; le debo una reparación. — Y al día siguiente, Aubrilly enviaba á su esposa una buena suma de dinero para que atendiera á su subsistencia, ofreciéndole otra suma igual todos los meses. ¿Qué dices á esto?

Violeta, encantada, jugaba con su lindo tarjetero de finísima piel de Rusia. Su ideal se completaba. Aubrilly era el hombre con quien soñara. Así es que oyó concluir la narración de Lisa con lágrimas de alegría y sin recriminarle á ésta el que, con sus movimientos nerviosos, rompiera una Psiquis de mármol que se alzaba provocativa sobre la chimenea.

— He aquí, ahora, el final. Según parece, Marshy concluyó por fastidiarse de su amante; y la abandonó. Jacoba Vienna volvió entonces al hogar abandonado, sin arrepentimiento, sin pedirle perdón al ofendido esposo; antes bien, quejándose á él del infame que la había engañado. Aubrilly buscó entonces á Marshy y le dijo: «Usted ha abandonado á Jacoba, engañándola vilmente, llenándola de dolor. Usted va á unirse nuevamente con ella ó de lo contrario usted se batirá conmigo.» — Marshy aceptó el duelo, y al día siguiente Alfredo Aubrilly le daba la muerte, metiéndole una bala en el corazón á veinte pasos de distancia.

Victor PÉREZ PETIT.

1890.

Una carta

Buenos Aires, Noviembre 14 de 1897.

Señor Carlos Martínez Vigil

Montevideo.

Distinguido literato y amigo:

En mi poder los ejemplares de la Revista que tuvo á bien enviarme, — con cuya lectura he pasado momentos verdaderamente deliciosos, — agradezco el obsequio y felicito cordialmente á V. por el valioso contingente intelectual que á la expresada publicación presta su talento.

¡Qué me alegro que no llegara también al libro de que me hablas en su carta, y ya voy perdurando la esperanza de que aparezca en el correo de aquí, que me dista por llegar en la casa que habito Roma, ni una lágrima de corrección!.

¡Mi hermano Alberto me pide agradecidos á V. sus palabras de estímulo; pero dice que ya no le quedan deseos de volverle á poner los frenos al corcel de Andrade, que no es para montado por «matarrugos». Esas erupciones del espacio, con vos de apocalípticos bravuras, unidas á los tumbos del indomito Pegaro habituado á salvar abismos y á escalar astros y montañas, lo han dejado más molido que al héroe de Cervantes su descomunal batalla con los molinos.

En cambio yo no escarmento, y menudeo mis excursiones al Pindo, entrándome esta vez por el oscuro laberinto de la mitología helénica. Los tres sonetos que van adjuntos son un pobre testimonio de ello.

Disto mucho, sin embargo, de ser ése el género de poesía que cautiva mi espíritu y me arrastra hacia las regiones encantadas de un ideal para mí irrealizable. Ni los gnomos amarillos, ni las oceánidas azules, llenan en manera alguna mis aspiraciones literarias, ni menos pueden conover el corazón de un siglo tan prosaico y positivista como el nuestro, donde no caben ya las cabriolas de Pan ni su extraño dualismo de hombre y de chivato; pero hay que mostrarse cortés con la musa y aceptar sus presentes tal como vienen, entreteniéndole la sed de lo imposible con el falso licor de las inspiraciones efímeras y momentáneas.

Felizmente para la literatura uruguaya, si existen de este lado del Plata dos hermanos que no se aben penetrar en los jardines de Apolo sin devastarlos, hay en cambio dentro los muros de la moderna Troya, otros dos hermanos en la inteligencia y en la sangre que son los Oásior y Polux de esas mismas letras tan ultrajadas por nosotros.

Á ellos, pues, nuestros afectuosos saludos, con las más sinceras protestas de admiración y de respeto.

GERMÁN GARCÍA HAMILTON.

MITOLÓGICAS

CERBERO

Guardando el antro á su furor congado, Ruge el trífance en la caverna umbría, ¡Ay del que huyendo la mansión sombría Fuese hasta él á provocarlo osado!

Á su cadena sempiterna atado, Hunde sus garfios en la roca fría, Y á cada presa que Plutón le envía, Contra sus hierros se revuelve airado.

Imagen pavorosa del destino, Símbolo eterno de la eterna pena, Á nuestra suerte para siempre unido!

¡Por qué, al cruzar el mundanal camino, Tropezca el hombre en tu infernal cadena. Oh Dolor, oh Cerbero de la vida?

CARONTE

Vedle; ya llega; del Estigio lago Choca su barca la fatal ribera;

Ya de las almas que Férón espera Se oye á lo lejos el murmullo vago.

Qual yermo campo que taló el Estrago, Negra es del Oro la pendiente llera; Por ella bajan en valor carteras, Los que aun resisten á su sino aciago...

No hay esperanza ya sobre la prora, Firme en la diestra el formidable remo En pavoroso garfio rematado,

Hiere Caronte al que piedad implora; Y hacia las playas del dolor supremo Vuela el esquife con vigor lanzado!

OTITHEA

De la onda verde en el columpio leve Lanza sus cines de rizada pluma, Y alzando copos de brillante espuma Vuela su esquife nacarado y breve.

Pálido trozo de viviente marce Finge su cuerpo que la niebre oscura; Y entre cndales de impalpable bruma Oro de Ofir sobre sus hombros llueve.

Lejos, tendido en la feliz ribera En donde el astro de su amor fulgura, Columbra á Anquises, que impaciente espera;

Llega; le ve, se embriaga en su hermosura; Destreza ante él su blonda cabellera... Y cierra el cerco su penumbra oscura.

GERMÁN GARCÍA HAMILTON.

Buenos Aires.

Á mi patria

Á Eduardo Ferreira.

Desde que en sueños to vi Elena de gloria y de encantos, En todos, todos mis cantos Siempre hay algo para tí Mas, si extraño fonesi, Tendíendote infames lazos, Pretende hacerse pedazos, Al primer grito que des, Verás un arma en mis brazos. Verás mi lira á tus pies!

Brilla el sol en tu bandera, Que va de la gloria en pos, Como un gran beso de Dios Sobre tu frente hechicera; Y su brillantada esfera Es el círculo de rayos Que en sus fiestas, que en tus Mayos, Al són del himno oriental, Te ordenan los uruguayos Como un escudo imperial!

Desde el labio de la rosa Á la onda azul y laselva, Tráe diez privas, veiva Esta tierra primordial Y hasta en la sierra arboresca, Cuando canta á cigarras Y la sombra de la parra Busca el gaurico nacional,

Nunos fátis una guitarra Que vive al pueblo oriental!

En sus alegres preladas Y en las fibras de tus sanjos Forman sus flores las franjas De coloradas banderas. Que en nuestras luchas guerreras Siempre han quedado pobadas De tumba no recordadas Por el pueblo del valor, Y esas tumbas olvidadas Son las que dan tanta fiol!

Cuando el sol naece y colora Lo que con la luz anega, Parece un mago que llega Y á tus pies deja una aurora. Y en esa brillante hora Los que te sueñan, te ven Sonríendote al vaivén De un gran columpio de luz, Sobre un trozo del Edén Y bajo un cielo andaluz!

El Uruguay, cual ladrón Que te trae joyas mil, Baja hyendo del Brasil, Pensando en tu corazón; Y te brinda en profusión, Cual fulgente catarsa Que sus riquezas desata, Las ondas de espumas bellas Que hacen del inmenso Plata Una corriente de estrellas!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

«La Vida Nueva»

OPUSCULO DE 60 PAGINAS, DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ (DE «EL COMERCIO» DE LIMA)

Como voz vibradora de la espiritualidad que no muere; como clamor de un proscribo del Ideal moderno; como protesta contra la Objetividad vulgar del Arte que, matando el espíritu, ha pretendido suprimir el sentimiento, el amor, y todo lo bello y sublime que del ser humano se irradian, — así han brotado de la pluma del notable literato José Enrique Rodó, las páginas que, cual deliciosa golosina, habrán devorado muchos lectores.

Tres son los artículos que forman este opúsculo, y con las cualidades de la literatura que tiene médula y á la vez belleza y novedad, destácase el titulado: «El que vendrá», donde se ve y se siente, vivo y palpante, el sombrío drama de la conciencia contemporánea.

En su sintético estudio de las escuelas del Arte moderno — aparecidas y crecidas con bríos de gigante, y vanidades de absolutismo, para luego caer con esteriores de agonia anémica é irremediable, — increpa á esas escuelas el haber pretendido «cerrar con las puertas de ébano de la realidad, la era dorada de los sueños.»

Y á mirar y estudiar las deficiencias de todas las teorías modernas; al descubrir la incipiente, el vacío y la decepción por do quiera, desbórdanse de su alma, frases ex-

exuberantes de belleza, ideas generosas, lubricaciones sombrías, adivinaciones sibilinas... Y levantado su espíritu hacia las reg enas proféticas, mira venir al gran Revelador, al nuevo Profeta, ese Colón de la vida humana, destinado a descubrir el mundo de armonías de paz y venturas; que todos esperamos!

Apostrofando á ese misterioso é indefinido sér que él en sus ansias vislumbra, cual nuncio de grandes evoluciones en el Arte y la Vida, exclama: — «Revelador! Profeta á quien temen los empedinados de las formulas caducas, y las almas nostálgicas esperanto...» cuándo llegará á nosotros el eco de tu voz dominando el murmullo de los que se esfuerzan por engañar la soledad de sus ansias con el monólogo de su corazón dolorido?

«Sobre qué cuna se reposa tu frente que irradiará mañana el destello vivificador y luminoso, ó sobre qué pensativa cerviz de adolescente bate las alas el pensamiento que ha de levantar el vuelo para ocupar la soledad de la cumbre? Ó bien — cuál, es la idea, entre las que iluminan nuestro horizonte como estrellas temblorosas y pálidas, la que ha de trasfigurarse en el credo que caliente y alumbrase como el astro del día? ¿De cuál cerebro, entre los de los hacedores de obras buenas, ha de surgir la obra genial?»

«De todas las rutás hemos visto volver los peregrinos, asegurándonos que sólo han hallado ante su paso el desierto y la sombra ¿Cuál será pues el rumbo de tu nave? ¿En dónde está la ruta nueva? De qué nos hablará, revelador, para que nosotros encontremos en tu palabra la vibración que enciende la fe, y la virtud que triunfa de la indiferencia, y el calor que funde el hastío?»

«Cuando la impresión de las ideas ó de las cosas actuales inclina mi alma á la abominación ó la tristeza, tú te presentas á mis ojos como un airado y sublime vengador. — En tu diestra respaldará la espada del arcángel. El fuego purificador descenderá de tu mente. Tendrás el símbolo de tu alma en la nube que á un tiempo llora y fulmina. El yambo que flagela y la elegía constelada de lágrimas hallarán en tu pensamiento el lecho sombrío de su unión.»

«Te imagino otras veces como un apóstol dulce y afectuoso. En tu acento evangélico resonará la nota de amor, la nota de esperanza. Sobre tu frente brillarán las tintas del iris. — Asistiremos, guiados por la estrella de Belem de tu palabra, á la aurora nueva, al renacer del ideal — del perdido ideal que en vano buscamos, viajeros sin rumbo, en las profundidades de la noche gámbol, donde vamos, y que reaparecerá por tí, para llamar las almas hoy ateridas y dispersas, á la vida del amor, de la paz de la concordia...»

Así habla José Enrique Rodó, y nosotros queremos decirle: — No le importe la sonrisa desdeñosa é inercuála del vulgo que habrá de mirar esas páginas como delicats calenturientos y visionarios de rica y exacta imaginación. No le importe si tal vez son clasificados de orgías coloristas de literatura modernista. No le importe... Los que amamos lo bello, delicado y sen-

timental, en las esferas altas de la vida, vemos en esas vibrátiles páginas, no sólo literatura colorista, iluminada por centellos imaginativos, sino también, algo más fatuo, más humano, más real.

Esas visiones, esos presentimientos, esos vuelos hacia un mundo supremo é ideal, son algo que pertenece á la constitución del sér humano, en sus manifestaciones psicológicas y en su índole superior. Es el eretismo de esa dolencia *fin de siglo*, indefinible y honda como nuestros anhelos y nuestros dolores.

Todas las aspiraciones encendidas é intensísimas que han conmovido á los pueblos, han culminado en verdades positivas, en hechos reales, en vida nueva.

Las profecías mesiánicas de los pueblos orientales no fueron más que el eco de clamores, de angustias, de anhelos, hondamente sentidos por seres torturados por el mal y la corrupción.

En el hombre hay una luz que clarea aún en medio á las tinieblas más sombrías.

La Humanidad, lanzando alaridos dolorosos, llenando los ámbitos del mundo con sus ayes y lamentos, y clamando por ese amado ideal de vida perfecta, es nada más que el niño llegado á la edad de la razón, y de las visiones adolescentes; llora, gime, se debate, desesperanza y potenté, pero presintiendo que llegará el día en que ha de ser fuerte, activa, buena y dichosa.

No, no es sólo el poeta el único que en su mente acaricia esos hermosos ideales; todos miramos hacia las tenebrosidades de lo porvenir y allí vemos claraer hermosa aurora: la aurora de la felicidad humana... Allí vislumbramos al hombre perfeccionado al infuño de doctrinas y creencias nuevas; regenerado, ennoblecido por la Moral Positiva, deducida de las ciencias que estudian al hombre en sus manifestaciones psicológicas y fisiológicas.

Entonces regirá el credo filosófico incubado y nacido en el cerebro de los pensadores para infiltrarse en las multitudes y formar sus sentimientos.

Nosotros también, aunque sin dejarnos dominar por el antropomorfismo de un revelador ó profeta, vamos venir con regocijada mirada, aquella raza de hombres que, aun teniendo nuestra misma inteligencia y nuestro mismo corazón, alcanzarán el más alto perfeccionamiento, emancipándose de las pasiones egoístas que tuercen y atroñan la índole noble del hombre.

Entonces cesará la lucha despiadada y asesina, en la cual las fuerzas sociales abandonan al hombre bueno que trabaja y produce, para inclinarse hacia los que forman la mayoría: especuladora, que fanatiza, miente y entenebrece el mundo de las ideas. Ellos, semejantes al fabuloso pulpo, tienen cien brazos para enlazar y comprimir y cien bocas sucúvoras para devorar á sus víctimas.

Y en presencia de esos fantasmas que manchan y ennegrecen, porque tienen del pasado el orn de los metales falsos y los lenidopéeros de los edificios vetustos, también nosotros, como el autor de *La Vida Nueva*, sentimos anhelos de exclamar: — «Revelador! revelador!... la hora ha llegado!... El Sol que muere ilumina en to-

das las frentes la misma esteril... descubre en el fondo de todas las pupilas la misma extraña inquietud, el viento de la tarde recoge de todos los labios el balbucear de un mismo anhelo infinito; y ésta es la hora en que « la caravana de la decadencia » se detiene angustiosa y fatigada...»

MERCEDITH CABELLO DE CARBONERA.

Lima.

BAJO LAS ACACIAS

Mientras la Luna, emperatriz del alto imperio, En las tinieblas del azul deja su rastro, Ven á las frondas que nos brindan su misterio Bajo la lumbre melancólica del astro.

De tus hechchos en el dulce cautiverio Te diré versos, versos de Eugenio de Castro, Y pondré besos en el cálido hemisferio De tu albo seno, de tu seno do alabastro.

Entre las hbras perforadas do tus risos Un háta buena dejó centos sus hechchos; Paso en tus formas el encanto de sus gracias.

Y de tus labios hizo nidos misteriosos Donde mis besos se reñegan rumorosos Bajo las frondas de las trémalas acacias.

CARLOS ORTIZ.

MANUEL B. UGARTE

A José Enrique Rodó.

En las pléyades juveniles del Plata, Ugarte es uno de los efébos triunfadores. Destácase entre la gente nueva, en actitud de diocesillo que provoca. Va camino de las cumbres, y en la escarpa más atrevida ha desenvuelto, con mano afebrada y nerviosa, el oriflama de los que sueñan victoria. Y ahí está la ondulante y enarbolada enseña, engrandecida en asombrosas plenitudes de luz.

Precoz, demasiado precoz, sintió estremercse su alma con el *escalofro sublime*, que dice Clarín. Los quince años apenas oreadban su frente de núbil, cuando ya él, como un esparcimiento de mirlos, dejaba escapar la nidada de sus cañones. Fue allí, en la ciudad-cerebro, París, donde estallaron, como yemas, los primeros brotes del ingenio que hoy nos sorprende. (1) Después, de vuelta ya de la deslumbrante capital francesa (1890), Ugarte vigorizóse, con provecho, en los vuelos seguros del pensamiento y en la gimnástica flexible del estilo y de la frase. Hizo entonces labor activa, despertadora de entusiasmos. Y qué eflorescencia la de ese cerebro joven! Derrochó, con prodigalidades de príncipe, el oro de su producción en las *revistas* más afamadas de los círculos del Arte. Indignado al ver el vaho de las charcas opacando la nieve de las cumbres, fundinó su célebre sátira política. (2)

(1) Premio Grotzsch, Buenos Aires, 1896. — Se han hecho cinco ediciones.  
(2) *Serenata*; Buenos Aires, 1907.

Y obediendo á través ellas con sus páginas y sus versos... desgranamiento de perlas, como si las hay falsas, las hay también de exquisito oriente. Más tarde vino LA REVISTA LITERARIA (3) á encerrar, como estuche, las joyas de los artífices americanos de última hora. LA SERENATA (4) es la vibración postrera, que hemos escuchado de la lira de Ugarte, antes de partir de nuevo para Europa. Y sugestiva poesía es ésa. Parece soñada por Becquer y ejecutada por Darío Herrera, si bien, á veces, el piano se enrosca, como él mismo dice.

Ugarte recorre la gama del verso con la facilidad del ruisenor que gorjea. Tiene estrofas que arrullan como murmullo de corriente leda, que acarician como un ósculo rápido, calladito. Hay en ellas suavidades de favonito, delicadezas de ritmo, pianísimos de cítara. Recuerdan más á Selgas que al poeta sanábulo de las *Kimas*. Sus octosílabos no son ironías que se quejan, sino atestamos que baigan. Transparentan un amor plácido, sin el claro-oscuro germánico. De aquí que, más que un ramillete de bequerianías, formen un collar delicadísimo de margaritas. Su factura es romántica; pero correcta y noble, de las épocas de selección del género. Ugarte salmodia en los altares de la bien amada con la ternura, sencillez, espontaneidad de un lírico de la mejor cepa. El verso erótico bardo ingenudo de su numen, sin que una exageración ó lágrima de plañidera ajen el tul correcto de su veste. «No ha confundido él, como otros, el sentimiento, alma de la poesía, con el sentimentalismo, morbosidad que la mata Y es por ello uno de los pocos que lejos de desbordarse en sus arrebatos pasionicos, los ha condensado en onidrostrofos «breves como una impresión» y significativos como una leyenda.»

Ugarte ha rendido también parias á la Musa excelsa, á aquella que golpea ó medita ó arenga. Si en los últimos tiempos se ha descubierto en las basílicas de esta gran poeta. Cansado de las masedumbres del arroyo; navega ya en plenas majestades de océano. Sigue, y con no escasa fortuna, las huellas de *Alvañuerte*, ese bardo isató que no ha tenido imitadores, porque donde él sabe llevar, los vientos es difícil sostenerse. Ahí está, como una proclamación de los triunfos del adolescente argentino, estrofas tan gallarda y tan energicamente cortadas como las de *El Marchitago, Girón* y aquellas de la célebre *Epístola*, aplaudidas por el mismo maestro. Los endecasílabos de Ugarte son, pues, forjados en el yunque del autor de *Plebejas*. De aquí su tonalidad sévera y su noble corrección. No los exorna con la opulencia modernista de un Chocano, ni los reviste con las rarezas sugestivas de un Lugones. Y no está expuesto, por ende, á los disloques hiperbólicos del primero, ni á las excentricidades típicas del segundo. Si algo le falta es el colorido luminoso, el relieve morbido y la línea tír-

(3) Libros publicados en 1903 y 1904, respectivamente.  
(4) Incompleto y sin editar en el *Quintal* del 0. Depto de publicativs en Diciembre del 96.  
(5) *Serenata*; Buenos Aires, 1907.

gida. Así la idea — perdonese la metáfora — imprimiría en la tónica de la expresión el contorno de sus músculos. La expresión, entonces, tendría más cabrillo de vida y la sensación estética dejaría en el alma un surco más hondo, más profundo. No quiere decir esto, que en los versos de Ugarte no haya giros que recuerden lo nuevo. Los deslumbramientos de las escuelas *fin de siècle* han herido su pupila; pero débilmente, á fo lejos.

La pluma de Ugarte tampoco es extraña á los esparcimientos del prosista. Y dispense mi ignorancia — apenas puedo juzgarlo como tal por el capítulo aislado (1) de una obra en preparación, y algún otro articullido de esos que se dejan caer de prisa. Parece que le gustan las tonalidades realistas, sin que por ello se esquite de usar el esfumino naturalista para ciertas sombras.

Recientemente Ugarte ha salvado la penumbra de los veintitrés años, y ya su nombre peregrina en alas de la exaltación. Es un conquistador gallardo del porvenir. Hoy de nuevo recorre las viejas capitales europeas. Está allí, empapándose en deslumbramientos de cultura. ¡Con qué prodigios de explosión luminosa vendrá á fascinarnos triunfalmente! Aun tiene muchos lauros por recoger, muchos aplausos que escuchar.

FRANCISCO MOSTAJO

Arequipa (Perú).

DE MIS LECTURAS

«Cuentos de alcoba»

POB.

ÁNGEL C. ESPEJO

Ha sido para mí la novedad del libro, no el del autor. *Oliverio Bertin* me recuerda la noble camaradería del periodismo en dos épocas consecutivas, pero ya lejanas... de este periodismo militante, caldeado y riesgoso, de cuya obligación cotidiana heme ya, por fin, independizado, si bien conservo mi grado y mi número en el escalafón y paso lista de presente y tomo mis armas cuando las grandes acciones de guerra. Primeramente, en efimera labor de una hoja de guerrilleros de «vanguardia»; incisivos, mordaces, cuatro soldados y un cabo. Este, *Bertin*, quemando sus cartuchos repletos de pólvora, perdigones y también de granos de sal, que así fueron alegre condimento de literatura humorista, como escuzor en las carnes aportilladas por el escopetazo. Después, obra más seria, en la vida naciente de un diario, siempre de igual tendencia batalladora, pero con vistas hacia la longevidad; y en donde, con mayor reposo, *Bertin* fué desarrollo á su temperamento artístico y dió carácter de plástica y de letras, crmista de sátira social y política, revistero de lírica y dramática, con un buen ojo de observación y una mag-

nífica pluma de escritor fondo sólido y colorido brillante, y por cima de toda, aquella imprescindible cantidad suya para relieves en sus críticas almanachadas negro ó respercutir el tono ridículo.

(1) Corre inserto, con el pseudónimo de *Carynato*, en el N.º 35 de *América*, revista bonaerense.

Fue así como *Oliverio Bertin* dejó el pseudónimo, entra fácil y espontáneamente en pleno Arte y se presenta *contar, contar* á la elegante manera francesa, pero ya con el sello de su personalidad propia, que irá acentuando fuertemente, á medida que se extingan los reflejos, las ineludibles impregnaciones artísticas de sus predilectas lecturas de Maupassant, de Goncourt y de Bourget, nunciando del espíritu, gimnasia intelectual, que hay que hacer copiosamente, eufusiasmamente, para en seguida principiar la cosecha propia, echando al diablo á los predilectos y atrancando las puertas contra los queridos maestros. Se fué de ellos, ahora se es uno. «*Moi, je suis, moi.*»

Ángel Custodio Espejo, en su nuevo *Cuentos de Alcoba*, ya es él. Abandona su gusto del colorido resaltante y empieza fríamente, cruelmente, una obra de analista de los vicios, de las crápulas, de las concupiscencias, bajo la seda y bajo el frac, con una honda percepción psicológica y una facilidad de síntesis, demostradas ampliamente en el cuadro del primer cuento, en aquel anciano ministro, esposo ultrajado, sabedor de su deshonra y que agasajaba en su palacio al culpable, cuidaba de regalar su paladar sibarítico; y que en las noches, «sintiendo muy cerca en el lecho á la adúltera, en arrebatadora desnudez, que le estrechaba haciéndole vivir, que le llamaba, su viejo rey David, teniendo con esas palabras frases de filigrana que llegaban hasta él en efluvios de pasión con los perfumes de la carne joven; quiso á veces echarle á la cara toda su infancia, mientras dos brazos le envolvían de nuevo con envanente fuego... y él se dejaba adormecer en esa caricia cálida, insistente, con que las mujeres de mundo saben despertar los organismos gastados;» en ese viejo escardecido que al pensar en los hijos, allí presentes, que sólo tenían de él su apellido y su fortuna, sintió «como si los hilos de su espíritu se hubiesen cortado de pronto, dejando rodar su cuerpo inerte por un abismo sin fondo...»

Con el mismo tajeante escalpo vivisector, con el mismo pulso sin estremecimientos, desgarrá Espejo los pliegues y sinuosidades de los organismos en sus protagonistas de *Vida Nueva* y *Valentina*; de *La Muerta* y *Las Virgenes*; y después toma el lápiz para trazar cuadros de claro realismo en sus fáciles bocetos del coronel Retamano, de los hermanos Larvendi y de la cirquera Colombina, matándose en la pista por un desdén de Pepino, lo cual despierta la reminiscencia invertida de aquel pobre Zernganno, de aquel infortunado Nello, sacrificado en su gloria y en su arte de gimnasta prodigioso, condenado á la invalidez de las muletas y á la nostalgia del tiempo ¡ni, por los cielos rencorosos y el rabioso orgullo de Tompkins, la hermosa y desapiadada *icyete*.

Para bordar estos cuadros realistas Ángel Custodio Espejo se entretiene á veces en los panoramas descriptivos, con verdadera potencia de pincel, cuyo desborde de paleta

sabe contener con su exacta adjetivación, en una discreta sobriedad de notas y matices, de tonos y contrastes. Así ha pintado la sala del teatro, desde el palco escénico que deslumbraba lanzando cambiantes de fuego de sus luminadores y candelillas sobre los recamados trajes de actores y comparsas, que se agitaban en una lluvia de lentejuelas y alamares, hasta los palcos de familia, donde el auidaz escote había dejado apartar con mano turbada los encajes que velaban más discretamente a veces los senos palpitantes, los encajes que esa noche aleteaban, como de prisa, al leve coplo de los abanicos de plumas que caían serpenteando sobre el pecho; sin olvidar la platea a donde « los hombres ostentaban sus fisonomías alteradas por algo raro, un fluido misterioso que corría por la sala y llegaba a las venas, y correctos, en la corrección que da el frac a los cuerpos de líneas dóciles, recorrían con sus gemelos la agitada línea de palcos que dejaban caer como una sonrisa, la luz de sus cortinajes color rubí, sobre aquel cuadro de vida femenina envuelto en nubes perfumadas de voluptuosidad. » — Y así ha pintado también la carpa del circo en que el grito parejo y lastimero de los vendedores ambulantes; el rugido de las fieras que mordían allí cerca; impotentes, los barroteos de su encierro; el relinchar de las bestias que estiraban sus pescuezos y abrían sus narices olfateando el redondel en que corrían hasta ceder a la huasca del domador que hincaba la punta del látigo en las ancas de pelo pintado como manchones de tinta, como motas de algodón o como culebrillas negras que acariciaban serpenteando las patas y se perdían en las uñas afiladas; la voz vinosa y triste de las traviatas de arrabal, que gritaban indistintamente una frase de amor ó una inmundicia; la risa trabajosa del pueblo harapiento que quería lanzar un dicho alegre y le salía una lágrima; el lujo abigarrado de mujeres de gran tono que presenciaban las pruebas y los gritos de los saltimbanquis al lado de sus galanes, con aire estudiadamente distraído, cogido tal vez al vuelo en alguna novela por entregas; el abigarramiento de los trajes recamados de oro y lentejuelas, adornados de flecos semejantes á plumas orientales que producían con la luz cambiantes de raro atractivo; las enjalmes de franjas plateadas — mullidos lechos de seda — sobre las cuales niñas graciosas se retorcerán en locos girones de tules verdes y blancos, al són de cascabeles que producían con el trote de las bestias una música afebrante; todo hacia de aquello un cuadro de la fatiga humana amasado en una alegría histórica. »

Por todo el libro de cuentos discurre un soplo caliginoso, un vaho de penetrantes perfumes de carne, mas no de la carne ideal, impecable; biancura astral, pureza de alabastro, aroma de azucena, sino de la carne de *bourgeois*, pecadora, cosmetizada, esencia de tocador, morbideces de masaje y voluptuosidades de espasmo. Es cruce y es amargo en todo este Custodio Espejo. Hace trágicos los aduciteros, los pinta infames monstruosos, sobre el cadáver de marido, sin querer conceder nada á la generalización de este ligero accidente social que la alegre Fran-

cia, en su espiritual charla parisiense, llamada y sencillamente *menage à trois*. No por eso los personajes de sus cuentos son menos reales, y acaso se les podría encontrar por las calles. De aquí ó de fuera, el autor sabrá de dónde los estrajo. Los que leemos, sólo tenemos dere: ho de apreciar si el autor los modeló como en la vida, con las debidas dosis de carne y sangre, de huesos y cerebro, de pasiones y vicios, de afectos y sensaciones, de buena estructura humana, en fin.

He aquí lo que yo tenía que decir de este libro de cuentos, más bien dicho, de esta serie de pequeñas novelas, que representa una feliz, vigorosa y brillante proyección intelectual en nuestro Arte, que no es, señores, el arte tipográfico. Para los de éste queda el señalar, — buena vista y fresca prosodia, — excelencias de la edición, erratas de las páginas, rigor de las concordancias, humorismo y graficidad de las ilustraciones de Fauré, consultar los léxicos y las gramáticas para probar cuán mal ha dicho Espejo al hablarnos que los adúlteros se ocultaban en « el cupé de cortinillas *descorridas*. » En la sobremesa de alguna cena, en la tertulia literaria de *La Facha*, donde yo escuché varios de estos cuentos, con la lectura entonada, grave, ceremoniosa y eufónica de Espejo, la observación habría sido oportuna; pero el hacerla en el diario queda reservado á los catedráticos que escriben sobre neologismos y sinonimias y hacen estudios comparativos de diccionarios de la lengua. Lo que es yo soy bastante intonso para entender de eso.

M. CABRERA QUERRA. (JEAN GUERRETT.)

Chile.

HIPNÁLICO

Allí onde sombras: con ojo de calorás hunde en el Fanto Helios su fecundante luz, y el cenro que embalsaman los huelgos de las flores murmura en los alabes del lánguido Sana.

Del templo de Eryxina sobre el mármoló limen famóvil permanece Clitófera gentil, á cuyas formas bellas encanto nuestro Impresion los pliegues insonantes de cñidada calcei.

Es Cydno, la alba Cydno de oscura cabellera que admirán los etebos con deloloso afañ, y á quien en el pademo que teje en primavera las Híantidas propias acompañando van.

Es la garita virgen, la que en el mármol pario copiar no pudo nunca helénico cineal, la que en sus labios luce purísimo nectario abierto en la tez nitida de rosa y flojal.

Entre relieves dorios que en el propileo imitan sobre los alreos mure ramajei de coccol, extrañe contempla la mar en que se agitan redobos poleromios del moribund: Sol.

Finas en el joven mara que en la voluta nave partió á las argentinas vapores del Iran, del poñca acreciendo con el talitá nave los ritmicos acordeos del bello pean.

Se ánge ver su imagen, su imagen tan guardi, como estumada en ondas de tenas y albo tul, y que abrazados belem al negro de la vida, del oleo de la Jontá bajo el volar de las.

Ó que en el blando nexo de edánicos ampere se rinden al Eneasteo, tras de caradas mill, y al despartar de Eamara los páldios fulguros despartiles la agerás cantada en el pesal.

Mas luego advierte al toque de realidad impta que ya el fucundo karpó, con regis esplendides, cumplió el teroreo curso desde el lasturoso día en que sintió sus óculos por la postrosa ves.

Y en la tonas sonorba que su Ilusión abuyenta, las lágrimas que vierte con silencioso afañ, las pátelas del diamo que sobre el seno ostenta al deslizarse trémulas brillantando van.

MANUEL A. SAN JUAN.

Lima.

UN MATRIMONIO

Julio Gómez y Sara Vargas, jóvenes ambos, hijos de ricosos estancieros los dos, habíanse unido en matrimonio.

Caracteres esencialmente opuestos, (timida, buena y religiosa ella, de genio violento él, pero educado, con ideas no muy claras del socialismo en boca, habian chocado desde el primer instante. Pero Julio, con su educación, aunque mediania, suficiente para domar sus bruscos arranques y Sara con su apacible bondad de niña grande, habian disfrazado con palabras y acciones estudiadas y pesadas la inmensa desilusión sufrida.

Inmensa desilusión; porque si bien él tenía una mujercita amante y conocedora de los deberes de esposa, y ella, por otra parte, un marido educado, caballero, no podían aunar pensamientos y actos, — porque las doctrinas, socialistas, predicadas por él como la quinta esencia de la reforma bienhechora, ófala Sara como se oye un concierto de obras desconocidas y de antemano rechazadas; con atención; pero con sonrisa burlesca en los labios.

Además, aunque Julio trataba de convencerla de que las doctrinas por él predicadas eran cristianas en alto grado (como que habian sido instituidas por el socialista Jesús), á Sara le sonaba todo aquello á dogma anticatólico por excelencia.

Así, con pequeños disgustos, siempre cortados á tiempo, fueron pasando semanas y meses, al cabo de los cuales la joven señora vió realizadas sus esperanzas de mujer.

Concluía setiembre y junto con él las nubes y los fríos.

Sara y Julio, del brazo y callados, vagaban en una de esas tardes tibias por el más retirado camino del bosque público.

Con qué ansias aspiraba ella el suave perfume de las flores que se entreabrían al beso fecundo de la Primavera! con qué arrobamiento seguía los pájaros que, ora persiguiéndose fuertemente por el aromatizado ambiente, ora acurrucándose enojos sobre la débil rama, llenaban de notas y colores el espacio!

Sonrisa traviesa animó de pronto su semblante, y atrayendo á Julio con dulce movimiento, trocado en rosas el color de sus mejillas, le preguntó pausadamente: — ¿Qué noticia te haría más feliz en este instante?

Sonrió el joven, y mirando distraído á un puma que galardo se paseaba en su cómodo encierro, contestó: — ¡Tántas cosas me harían feliz!

Y súbitamente, dirigiéndose á su esposa: — ¡Sabes que tiene gracia la pregunta? Gozando con el aturdimiento de su joven marido, se decidió en su interior, y temblorosa de emoción y alegría, le dijo quedo y al oído: — Bobo... ¡que vas á ser padre!

Luego se detuvo: veía la dicha en la mirada de Julio, le abrazó con arrebató infantil... y uniéronse sus labios en ardiente y prolongado beso.

El sol bajaba, bajaba, hasta perderse detrás del enano invernal.

Lujosos carruajes, llevando emperifolladas mujeres, regresaban del paseo favorito, entre nubes de polvo y tintines de cadenas. Los jinetes, repartiendo saludos á diestro y siniestro, se cruzaban por entre la fila interminable de vehículos. Y los ciclistas, con vistosas vestimentas, se deslizaban rápidos, haciendo bonitos y caprichosos dibujos en el azul-celeste del terreno.

Brusco cambio sufrieron las costumbres de los jóvenes consortes.

Solítico, meloso, Julio no perdía ocasión de acariciarla y de mirarla. Ella también, felicísima con los repentinos halagos de su marido, volvía á los mejores días de antaño, cuando pequeña reina en la casa de sus padres, acataba todo el mundo sus caprichos de hija única.

Cada día que pasaba era un nuevo castillo fuajado en la mente de Julio dichoso.

No había duda: sería varón. Y aunque sacase los ojos verdes y los rubios cabellos de su madre, sería como él, sano y robusto.

Luego cuando fuera hombre... Oh, entonces sí; instruido por él en las doctrinas más puras y avanzadas del socialismo, cuando la vieja sociedad, harta de las inmensas lacerias, pidiera á gritos la simiente de la felicidad universal, — su hijo, el nuevo Jesús de la nueva religión, cantaría el *Hossanna* sobre el hundimiento de las rancias ideas y el triunfo de las fraternales y salvadoras que se auslaban.

Podría entonces morir tranquilo, porque la buena herencia legada á su hijo, la transmitiría éste á los suyos y éstos á sus nietos... y así hasta los siglos mil.

Sara, lista por naturaleza, comprendiendo hasta cierto punto la nueva crisis de su esposo, promefase en sus soliloquios vencer dificultades y conquistarse el amor grande y puro de su Julio. ¿Una vez madre, ¿podía él dejar de quererla, de idolatrarla?...

Á éste, en sus frecuentes cavilaciones, ocurríale que la pobrecita, abandonada en los primeros meses de matrimonio, había llevado una vida en extremo infeliz; pues dispados los rosados celajes de su ilusión

de niña enamorada, poco, muy poco había hecho él para mantener la paz y dicha apetecidas.

Para concluir: ella crefese feliz, convencién dose día á día del amor del joven; y éste dejaba de forjar planes y más planes, para pensar en el cariño que tanto, tanto se merecía la más buena de las esposas y la más gentil de las mujeres.

Mientras la fecha anunciada para el feliz acontecimiento se acercaba velozmente, Julio tornaba á sus cálculos alegres.

Sara iba queria mujer, y él, para dar mayor fuerza á sus esperanzas y deseos, pintaba con su natural verbosidad el cuadro de la inevitable catástrofe.

« El mundo presente, el mundo egoísta, sí, egoísta, caería para jamás levantarse; y entre el fragor de la conmoción universal, del inmenso cataclismo, la voz avasalladora de su hijo, predicando las doctrinas socialistas, resonaría de un extremo á otro del globo, llenando al hombre de consuelo, de paz, de felicidad. »

Enfismisado en estos tiquis-miquis de revolución social, le encontró el funesto día.

« El caso es grave: mucho cuidado. — Dicho en voz baja lo que antecede, el doctor tomó su sombrero y guantes, y con aire circunspecto, haciendo una nueva reverencia, salió de la salita, atizando de puntillas y con movimientos de cabeza.

Pálida, con sus rubios cabellos desordenados, parecía la Magdalena penitente del lienzo.

El último sincope habíala dejado sin fuerzas: descomponíase su rostro, y enfríabase lentamente su cuerpo esbelto.

Sus ojos verdés, siempre hermosos, buscaron los de Julio; y más con la mirada que con la débil voz le hizo acercarse.

— ¿Sufres mucho, Sara? — Me muero...

— ¡Callate, sé lo que digo...

— No: los médicos te engañan...

— Acéccate más... así... escucha. Quéírele mucho...

— No, te digo que te engañan. Oye... No puedo continuar; contrájose su cuerpo en violenta convulsión, y nuevo síncope la privó de sentido.

« Imbéciles, ¿para qué tantos medicamentos, tantos aparatos, si todo era inútil?... Medicina... cirugía... ¡buenas estaban las tales ciencias!

¿Para qué vivir si le faltaba ella? ¿para qué vivir si aquella dulce voz no volvería á sonar en sus oídos, ni sus ojos verdes á mirarle cariñosos? »

Mudo, desesperado, vidriosa la mirada, la cabeza entre las manos ardorosas, —

riciaba sereno la trágica idea que el desaliento le mostrara.

« ¿Para qué vivir si le faltaba ella?... El hombre desesperado quedaba sobremuerto el niño.

— Doctor... — Valor, amigo!

Como felino que se abalanza sobre su presa, así saltó Julio; y sacudiéndole nerviosamente del blanco delantal, le gritó:

— Que... ¡hable!

Y fuera de sí, entre vocablos soeces: — Bueno, la mataron... pues me matan á mí también... asesinos!

De pronto su rostro se contrajo en mueca dolorosa, sus piernas se aflojaron, sus brazos castigaron el aire: los vagidos de un niño le indicaban que era padre...

Un año después de este suceso, hallándose cierta noche en un café, vi entrar un hombre de rostro abatogado, de barba y cabellos encanecidos, y en toda su persona muestras inequívocas de completo desalíto.

Por poco no le conocí: era mi amigo Gómez.

Dimosnos un apretón de manos, y le brindé un café.

— Gracias, me contestó, no tomo. Y con voz ronca: — Mozo, un coñac!

Llevaba un periódico consigo, y desdoblándolo cuidadosamente leyó con atención un momento.

« Se acerca la hora del triunfo, amigo mío. Esta sociedad agoniza. Las ideas nuevas se abren paso. Hace poco era una gota de agua en un valle de miserias; hoy es el torrente que, hundiéndolo sofismas, corre despeñado, avasallador, llevando en sus ondas los gérmenes de nueva vida, de nuevas sociedades, de otro mundo en fin.

¡Mozo, un coñac!

« ¿Sabe V., amigo mío, cuál es el torrente?... El anarquismo. Los socialistas gustan de paños tibios; nosotros, los hermanos de esta Santa Orden, hemos jurado cambiar el mundo á sangre y fuego...

¡Mozo, un coñac!

El cobarde soñador se había dado al vicio

JOSE L. GOMENSORO.

L A - B A S . . . .

Silenciosa por el lóbrego vacío del abismo, Con las alas extendidas y serenas, Va volando mi pobre alma como un disco moribundo. Con los ojos impregnados de nostalgia y de tristeza.

Va volando, y así lejos, como languida purita Que se entrecabe somnolienta, Ve á una estrella solitaria que despacio Se desliza en las tinieblas.

Hacia ella va mi alma, Temblorosa, bajo el peso de las penas Que la asiguen; Y al hallarse junto á ella

En acariciada suavemente con sus alas,  
Y son sus labios la beso,  
Porque mi alma reconoce  
Que la estrella  
Es la piquea de mi amada,  
De su triste compañera.

Blancos, por el lóbrego velo del abismo,  
Va mi alma... va la estrella...

EMILIO BERISSO.

Ennos Aires.

**TRIBUTO**

PARA UN ALBUM

Cual rosa que en el valle  
ostenta su hermosura,  
Exhala su perfume  
é irradija su esplendor,  
Que oculta entre las selvas  
rovela su blancura,....  
Mi virgen adorada,  
tú brillas así pura,  
Bayada por encantos,  
hechizo y resplandor.

Delante de mis ojos  
tú brillas cual la rosa  
Y exígeme un tributo  
risueño tu candor,  
Cual á su tallo exige  
la blanca flor hermosa  
Que al soplo de la brisa  
la nueva candorosa,  
Bañando con su aroma  
él aire en su redor.

Y aquí vengo á dejarte,  
amante, por ofrenda,  
Mis ruegos y oraciones,  
de hijinos en tu altar.  
El alma enamorada  
Te ofrezco como prenda...  
Recibe ese tributo  
del que en fatal contiendas,  
Ansiando tu cariño,  
batalla sin cesar.

Y al cumplir los quince años  
risueños de tu vida,  
También quiero dejarte  
la flor del corazón.  
Del prado que yo tengo  
la flor descolorida,  
Que triste y deshojada,  
columpiase abatida,  
Al soplo despiadado  
del viento de pasión.

Como esa que te ofrezco  
tu hermosa primavera  
Tal vez no sea tan linda  
la flor del pecho mío.  
Como esa flor galana  
en la que revertera  
La gota cristalina,  
de noche en la pradera.  
No debe ser tan sencilla  
la flor que yo te envío.

No es ella cual la rosa,  
tan rica ni lozana.  
Su tallo está marchito;  
sus hojas sin color.  
La pobre flor que ofrezco  
al prado no engalana.  
No brota en los pensales,  
y no es la soberana  
Que exhala en la ribera  
su aroma en derredor.

Por brisa pasajera  
no es ella acariciada.  
Columpie despiadado  
Su tallo el aquilón.  
Rocio de sus hojas  
son siempre, mi adorada,  
Mis lágrimas fervientes,  
que dejan marchitada  
Y triste y sin aroma  
la flor del corazón.

Mas hoy aquí te ofrezco  
del huerto de mi vida  
La flor que me ha quedado,  
recuerdo de mi amor.  
Te ofrezco de ilusiones  
aquella no perdida,  
Aquella que en el alma  
guardéla yo escondida  
Del beso del invierno,  
del beso del dolor.

**RÁPIDAS**

Á Daniel Martínez Vigil.

I  
No te asuste el valdén... De los humanos  
es la vil condición como la onda  
y la nube y la flámula y la brisa:  
¡se cambia de antifaz como de formal!

II  
Las virtudes lo mismo que los vicios  
atraen el humano y lo rechazan,  
y, hecho el hombre pélota de miseria,  
va del fango al azul... Inego á la charca.

III  
Un ósculo es la piedra que se arroja  
al árbol prohibido  
para que ruede al suelo la manzana  
y... ¡adíos! el paraíso!

IV  
Te has burlado de mí como de un niño;  
yo también te he burlado y no hay culpables,  
pues un juego, no más, es el cariño.

V  
Las mujeres son gatas primorosas,  
de lenguas sacrosantas y... esperosas.

VI  
Es para mí la gloria una campana  
que dobla á que reñon indiferente,  
y si para algo sirve es, francamente,  
para quitarme el sueño en la mañana.

VII  
He oído decir que la esperanza  
es la tabla postrera en el naufragio.  
Que agarrarme de ella... y aprubala  
un resto de atadé entre las manos.

VIII  
Cuando veo á dos célices adoraros,  
me acuerdo de la obisbre manzana:  
Eva siempre lo mismo desprendida  
y... ¡bah! lo mismo Adán, siempre goloso.

IX  
¡Condición, por imbécil, tan extraña!  
desespero y no arrojo la esperanza.

X  
¡Quieres que tu ideal no se disipe  
como el humo, la chispa y el sonido?  
Llévalo, cual se guarda la moneda,  
en el fondo, muchacho, del bolsillo.

XI  
La religión—lo digo sin resabios—  
es engaño perpetuo de los tontos;  
pero engaño que envidian los más sabios.

XII  
Por divertirme á veces en mi hastío,  
me pongo á idolatrar á las mujeres;  
no trascurren quizá cuatro minutos  
cuando he roto en añicos el juguete.

XIII  
De las vendas que cubren nuestros ojos,  
las vendas de la fe son prodigiosas:  
se cae sobre piedras y se cree  
haber caído en almohadón de rosas.

XIV  
Cuando sean de oro los luceros  
y las flores, poeta, sean joyas,  
entonces, sólo entonces, te aconsejo  
proclames tu ideal y tengas novia.

XV  
¡Hermosa sociedad! Todos se afanan  
en la labor común. Reina el cariño.  
Y el hombre realiza, sin quererlo,  
la armonía triunfal del egoísmo.

XVI  
Si el barro de la cénaga te ensucia,  
puedes, mujer, lavarte... Si te mancha  
el barro que se oculta en los salones,  
eres irredimible, desdichada!

XVII  
Francisco Mostajo.  
Ariqúpa (Perú).

**«Sobre lenguaje»**

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.  
Señor don Carlos Martínez Vigil, Catedrático de la Universidad de Montevideo.  
Enterada la Real Academia Española en su junta de anoche (la primera que después de vacaciones ha celebrado), de haberse regalado V. S. un ejemplar del folleto de que es autor titulado «Sobre lenguaje», acordó

á una voz darle por esta fineza muy expresivas gracias.  
Lo que me complace en manifestar á V. S. que ya vida guarde Dios muchos años.

Montevideo, 8 de Octubre de 1897.  
El Secretario,  
MANUEL TAMAYO Y BAUS.

Señor don Carlos Martínez Vigil  
Presente.

Distinguido señor:  
Muy agradecido á su atención y á las consideraciones que le merezco, acúsole recibo de su interesante folleto *Sobre lenguaje* y de su cariñosa carta, que tanto me honra. No soy literato, como V. lo supone. He sido en otras épocas simple aficionado, y lo que he escrito, si ha merecido regular acogida, es debido á la benevolencia y á la amistad, nada más.

Mi profesión es incompatible con la literatura y no me deja tiempo para aprender lo que necesito para producir algo que merezca la pena. Don Ricardo Palma ha sido y es muy generoso conmigo regalándome con su aprecio.

Además, hay algo que no es posible adquirir: sería volver á mis 25 ó 30 años. La vida que llevo y los años que pesan sobre mis espaldas, hacen que no me forje ilusiones.

Reitero á V. mis más sinceros agradecimientos por su obsequio, y crea que en medio á la descomposición en que vivimos, conforta y alegra el espíritu ver jóvenes que como V. honran á la patria.  
Poniéndome á su disposición, saludado con cariño su afmo. amigo (pues me gusta la amistad de los buenos).

ANTONIO D. LUSSICH.

Buenos Aires, 8 de Noviembre de 1897.  
Señor don Carlos Martínez Vigil.

Distinguido señor y muy apreciado amigo:

Agradezco á V. su delicada atención al remitirme, con amable dedicativa autógrafa, su interesantísimo folleto *Sobre lenguaje*, que tan honrosos como merecidos elogios le ha valido de la crítica ilustrada.

Conocía algunos de los juicios emitidos al respecto, y ellos han venido á avivar el interés con que he leído su trabajo, el cual he saboreado con verdadero deleite, confirmándome en la opinión que ya tenía de la alta competencia y profundos conocimientos de V. en tales materias.

Es un trabajo que le honra mucho y por el que le felicito de todas veras.

Por este mismo correo tengo el gusto de enviar á V. un ejemplar del «Almanaque Sud-americano para 1898», esperando lo conservará como un testimonio de leal afecto y sincera admiración.

Aprovecho esta ocasión para saludar á V. atentamente y repetirme su amigo y S. S.

CASIMIRO PRIETO.

San José de Costa Rica, Octubre 16 de 1897.  
Señor don Carlos Martínez Vigil  
Montevideo.

Estimado señor mío: Muy grata me ha sido la lectura de su opúsculo *Sobre lenguaje*, que V. tuvo la bondad de remitirme.

Al concluir la última página, sentí ese vacío, ese vivo deseo de continuar que se apodera de nosotros cuando un libro nos agrada y atrae. Y es que á lo interesante de la materia, únese la correcta y animada exposición que V. hace de doctrinas filológicas de notable importancia, sus juiciosas notas críticas y sus eruditas comprobaciones, todo lo cual es motivo más que suficiente para que su trabajo sea leído con sumo gusto.

Escritos de esa índole, que por desgracia no son frecuentes en nuestra América, contribuyen eficazmente al progreso del habla castellana en uno y otro hemisferio.

Celebraría que V., tan versado en esos asuntos, escribiera una obra de mayor extensión que le permitiera dar completo desarrollo á sus ideas y dilucidar otros puntos interesantes.

Con toda consideración me suscribo su afectísimo servidor

ALBERTO BRENES.

Á don Carlos Martínez Vigil  
Montevideo.

Doblo, en este momento, la última página de su libro «Sobre lenguaje», con que usted, mi distinguido compañero, ha tenido la fineza de obsequiarme. Lo he leído de un solo tiron, después de las horas que dedico á mi trabajo diario de oficina, y créame usted que su lectura me ha satisfecho del todo.

«Sobre lenguaje» es de esos libros—raros hoy, por desgracia—que yo davvero más que leo, porque á la vez, que me deleitan me enseñan.

Un tomo de poesías es para mí la charla de salón con bellas señoritas ó de club con muchachos de mi edad y de mi temperamento: adoradores del arte y de lo bello. Pero un libro como el suyo es para mí la plática sabrosa del viejo maestro que goza en arrojar su caudal de luz intelectual á los cerebros ávidos de saber de sus jóvenes discípulos.

Yo aplaudo con toda sinceridad su importantísimo trabajo y me honro—hoy más que ayer—en llamarle su amigo y estimador muy adicto.

JOSE MARIA BARRETO.

Tacna, Octubre de 1897.

«SOBRE LENGUAJE», POR CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.—MONTEVIDEO, 1897.

Don Carlos Martínez Vigil es uno de los escritores más justamente estimados del Uruguay, á causa de las bellas dotes que posee. Su última obra es de bastante interés para los que se dedican á purificar en lo posible el habla castellana en América. Escrita con motivo de una obra de Ricardo Palma—*Neologismos y Americanismos*—la

obra del señor Martínez Vigil contiene interesantes disquisiciones sobre los puntos relacionados con el correcto uso de algunas palabras en América. Ni neologismos exagerados, ni puristas intratables, como Martínez Vigil predica un eclecticismo que no puede dejar de ser provechoso para el porvenir del castellano en América.

(La Revista Ilustrada, Santiago.)

El catedrático de gramática castellana en la Universidad de Montevideo, don Carlos Martínez Vigil, nos ha favorecido con un ejemplar de su opúsculo *Sobre lenguaje*, donde comenta otro titulado *Neologismos y Americanismos*, escrito por el literato peruano don Ricardo Palma.

El señor Martínez Vigil se muestra partidario del eclecticismo en materia de lenguaje. Rechaza muchos vocablos indicados por Palma, pero cree que el léxico oficial del idioma debería aceptar otros que son útiles, adecuados y conformes á la índole del mismo. Agradecemos debidamente la atención del distinguido catedrático y escritor uruguayo.

(Revista de Instrucción Primaria, Santiago.)

«SOBRE LENGUAJE», DE CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

Hemos recibido con atenta dedicativa de su autor el nuevo libro de don Carlos Martínez Vigil, distinguido literato de allende el Plata: *Sobre lenguaje*.

Es una obra de verdadero aliento que honra á su autor, del que teníamos formada una opinión que viene á confirmar el libro recibido.

Careciendo de espacio, no podemos ni siquiera enumerar las múltiples bellezas del concienzudo estudio filológico, por lo que nos concretamos á enviar al señor Vigil nuestro caluroso aplauso.

(La Semana Platense, La Plata.)

**NOTAS BIBLIOGRÁFICAS**

ALMANAQUE SUD-AMERICANO, PARA 1898.

Tan interesante como siempre, y realzado en la parte material por mejoras de consideración, viene este año el popularísimo *Almanaque Sud-americano*, que dirige el distinguido poeta y escritor don Casimiro Prieto.

El nuevo volumen de tan acreditada publicación se impone y agrada con sólo pasar la vista por la hermosa carátula, de un gusto original y enteramente americano. El espléndido papel mate en que está impreso el libro, muy superior al usado en los volúmenes anteriores, es de lo más fino y lujoso; y esta mejora favorece notablemente la nitidez de las ilustraciones. La nueva forma de láminas sueltas dada á los retratos y su impresión en varias tintas, son también novedades muy dignas de tenerse en cuenta. De la selección de la parte literaria da



## MEDICINA LEGAL

Pág. 158. (Continuación)

concreta idea la nómina de colaboradores que precede á la obra, y en la que figuran los nombres de muchos de los poetas y escritores más reputados de España y de América.—Prieto ha contribuido al interés y amabilidad de la publicación con su nunca agotada vena cómica y la elegancia y facilidad de su versificación primorosa. Ya en el epigrama delicado y sutil, ya en la narración ligera y sazónada, ya en los elegantes versos de álbum, prodiga el Director del *Almanaque* las bien sabidas dotes de su ingenio.—No nos sería posible hacer aquí una enumeración, ni mucho menos una crítica, de los demás materiales del *Almanaque*; pero citaremos, entre los que van suscritos por nombres más conocidos, un precioso cuento de Ricardo Palma, selectas composiciones poéticas de Leopoldo Díaz, Rafael Obligado, José S. Chocano, Carlos Ortiz, Guillermo Matta, Leopoldo Lugones, Ch. Roeber, M. N. Castellanos, etc., etc.

La literatura uruguaya está representada en el libro por nuestras dos delicadas poetisas Adela y Dorita Castell; Eduardo Ferreira, uno de nuestros escritores más elegantes y castizos; Arturo Giménez Pastor, el feliz satírico y cuentista; Guillermo P. Rodríguez, siempre correcto é inspirado; Guzmán Papini y Zas, cuya imaginación brilla sin eclipses; y dos de los redactores de la REVISTA NACIONAL: Víctor Pérez Pettit y José Enrique Rodó.

Los retratos de escritores y artistas que adornan el primerose volumen son los de Carlos Ortiz, José Enrique Rodó, Marcial Cabrera Guerra, José S. Chocano, C. Williams, J. Cabrinety y Julio Piquet. La galería de bellezas americanas ofrece este año, los retratos de una chilena, una guatemalteca y una uruguaya, que rivalizan en hermosura, gracia y expresión.

Del mérito artístico del *Almanaque* puede inferir, quien no lo conozca, por la enumeración de los dibujantes que han colaborado en él: Baste citar á Apeles Mestres, el genial artista catalán, á Pellicer, á Ross, el incomparable retratista, á Cabrinety, que en las ilustraciones de los meses ha hecho verdaderos primores, á Federico Prieto, hermano del Director del *Almanaque* y artista de notable talento, que presenta muy hermosas iniciales y alegorías, y á nuestro joven compatriota el distinguido dibujante Aurelio Giménez Pastor.

Casimiro Prieto, no contento todavía con el esfuerzo y el triunfo que tan precioso álbum representa, se propone no omitir afanes ni sacrificios para presentar el año próximo un volumen que aventaje al que acaba de salir á luz, así en las condiciones materiales como en el mérito del contenido.

Mucho nos plácen los progresos del *Almanaque Sud-Americano*, al que deseamos creciente prosperidad, para bien del movimiento literario y artístico del Río de la Plata, felicitando de nuevo y calorosamente al distinguido escritor que tan inteligente dirección sabe imprimirle.

El envenenamiento puede referirse á un suicidio como á un homicidio. Sin embargo, hay bases que permiten distinguir uno de otro; así, p. ej., el envenenamiento se ha ocasionado con un veneno de mal olor y de mal gusto, es de presumir que se trata de un suicidio ó de un accidente, aunque esto último sería difícil, pues si tiene mal olor y feo sabor, nadie se engaña y abre los ojos, para cerciorarse acerca de la causa de ello; mientras que nunca se emplearía para provocar la muerte de una persona por la razón siguiente: el que emplea veneno para deshacerse de una persona, busca el misterio, con el fin de esconder su culpabilidad, y el emplear un veneno de las condiciones del apuntado más arriba, traería por consecuencia el que se frustrase el crimen, por cuanto la víctima señalada para ello se apercebiría y lo delataría. He ahí por qué en los casos de homicidio por medio de veneno, se emplean aquellas clases de ellos que pasan inadvertidos al inferirse.

### FALSIFICACIÓN DE ESCRITOS

Cómo ya se ha visto al principio de este trabajo, Mata dividía la Medicina Legal en cuestiones de fondo y cuestiones de forma. Fuera de éstas, hay otras cuestiones que no pertenecen verdaderamente á ellas, que no están incluidas en ninguna, de esas dos divisiones y que según algunos no deben comprenderse en la Medicina Legal. Pero como generalmente se incluye su estudio en los textos de Medicina Legal, nosotros las estudiamos también.

I.—Disposiciones Legislativas relativas á la falsificación de escritos:

*Código Penal.*—Art. 240. El funcionario público ó escribano que en el desempeño de su cargo ó oficio hiciere un documento falso en todo ó en parte, ó alterare un documento verdadero con perjuicio posible de tercero, será castigado con penitenciaría de seis á ocho años.

Art. 243. Cualquiera otra persona que cometiese falsedad en documento público de alguna de las maneras indicadas en el art. 240, será castigado con la pena de penitenciaría de cuatro á seis años.

Si la falsedad fuere cometida en la copia de un documento público, la pena será de dos á cuatro años de penitenciaría.

Art. 245. El que hiciere un documento privado falso en todo ó en parte, ó alterare un documento privado verdadero con perjuicio posible de tercero, será castigado con penitenciaría de dos á cuatro años.

Art. 248. El que ocultare ó destruyere en todo ó en parte, con perjuicio posible de tercero, un documento original, ó su copia fehaciente á falta del mismo, será castigado con penitenciaría de dos á cuatro años.

II.—A propósito de la falsificación de documentos, una distinción tenemos que hacer entre la pericia caligráfica y la pericia química. Así, p. ej., en el caso de que á un

individuo se le haga aparecer firmando un vale, cuya firma él niega, es claro que entónces hay que proceder á un reconocimiento pericial caligráfico, con objeto de que los calígrafos determinen si la firma es ó no del individuo cuyo nombre aparece en el documento. Esto es fácil precisar, porque cada persona tiene sus rasgos característicos en la escritura: no hay dos caracteres de letras iguales. El calígrafo lo determinará comparando las letras y teniendo en cuenta, como ya se ha dicho, que el carácter de éstas depende de las personas: una nerviosa tendrá letra ligera, muy corrida; una calmosa, redondeada, pausada.

En la Medicina Legal la intervención pericial en estos casos es de otra índole. La pericia caligráfica tiene lugar cuando se niega la firma, mientras que en la pericia médica no se niega ésta: lo que se niega es el contenido del documento que está adulterado, como, por ejemplo, un vale de diez pesos que aparece como si fuera de mil pesos.

Tendrá también lugar la pericia química cuando se postdata el documento, cuando se muda la fecha del mismo. También sucede esto en los casos en que las letras no aparecen á la simple vista y se hacen reproducir por otros medios, acercando, p. ej., el escrito á la luz.

¿Cómo se borran los documentos? De dos maneras: por el rapado, ó por medio de sustancias químicas.—En el primer caso se raspa hasta que, desapareciendo la tinta, se borra la letra. Pero ¿qué sucede? que la tinta se despararra y queda la señal, fuera de que el papel es más fino y trasiúcido en la parte donde se ha rapado. Es á causa de esto que los falsificadores echan un barniz en el lugar rapado, dejándolo de manera que no pareciera que hubiera sido borrado.

El otro procedimiento consiste en el uso de una sustancia que destruya químicamente la tinta, sin correr el papel. Se pone el documento en el líquido, ó si no se hecha sobre la letra ó palabra que se quiere borrar, p. ej., una gota de agua de cloro, y desaparece entónces la letra ó palabra, según otra en su lugar.

JOSÉ FERRANDO Y OLAONDO.

(Continuad.)

### ERRATA

En la composición intitulada *Para la novia*, de nuestro distinguido colaborador Guzmán Papini y Zas, se deslizó un pequeño error, que á pedido del autor salvamos. El primer verso de la segunda estrofa decía:

Ése fué el cuadro de ayer.

Debe leerse:

Ése fué el cuadro que ayer